

---

# PEDRO DE URDEMALAS

Miguel de Cervantes

Texto basado en la edición príncipe, PEDRO DE URDEMALAS en OCHO COMEDIAS Y OCHO ENTREMESSES NUEVOS NUNCA REPRESENTADOS, COMPUESTAS POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1615). Fue editado en forma electrónica por Vern G. Williamsen en 1997.

---

Personas que hablan en ella:

- PEDRO de Urdemalas
- [Antón] CLEMENTE, zagal
- CLEMENCIA, zagala
- BENITA, zagala
- [Martín] CRESPO, alcalde, padre de Clemencia
- SANCHO Macho, regidor
- DIEGO Tarugo, regidor
- LAGARTIJA, labrador
- HORNACHUELOS, labrador
- REDONDO, escribano
- PASCUAL
- Un SACRISTÁN
- MALDONADO, conde de gitanos
- MÚSICOS
- INÉS, gitana
- BELICA, gitana
- Una VIUDA, labradora
- Un LABRADOR, que la lleva de la mano
- [Llorente, un ESCUDERO]
- Un CIEGO
- EI REY
- SILERIO, un criado del rey
- Un ALGUACIL
- La REINA
- MOSTRENCO
- MARCELO, caballero
- Dos REPRESENTANTES
- AUTOR
- Otro LABRADOR
- Otros dos FARSANTES
- ALGUACIL de comedias

---

## JORNADA PRIMERA

---

[Sale]n PEDRO de Urdemalas, en hábito de mozo de Labrador,  
y CLEMENTE, como zagal

CLEMENTE: De tu ingenio, Pedro amigo,  
y nuestra amistad se puede  
fiar más de lo que digo,  
porque él al mayor excede,  
y della el mundo es testigo;  
así, que es de calidad  
tu ingenio y nuestra amistad,  
que, sin buscar otro medio,  
en ambos pongo el remedio  
de toda mi enfermedad.

Esa hija de tu amo,  
la que se llama Clemencia,  
a quien yo Justicia llamo,  
la que huye mi presencia,  
cual del cazador el gamo;  
ésa, a quien naturaleza  
dio el extremo de belleza  
que has visto, me tiene tal,  
que llega al punto mi mal  
do llega el de su lindeza.

Cuando pensé que ya estaba  
algo crédula al cuidado  
que en mis ansias le mostraba,  
yo no sé quién la ha trocado  
de cordera en tigre brava,  
ni sé yo por qué mentiras  
sus mansedumbres en iras  
ha vuelto, ni sé, ¡oh Amor!,  
por qué con tanto rigor  
contra mí tus flechas tiras.

PEDRO: Bobear; dime, en efeto,  
lo que quieres.

CLEMENTE: Pedro, hermano,  
que me libres deste aprieto  
con algún consejo sano  
o ayuda de hombre discreto.

PEDRO: ¿Han llegado tus deseos  
a más que dulces floreos,  
o has tocado en el lugar  
donde Amor suele fundar  
el centro de sus empleos?

CLEMENTE: Pues sabes que soy pastor,  
entona más bajo el punto,  
habla con menos primor.

PEDRO: Que si eres, te pregunto,  
Amadís o Galaor.

CLEMENTE: No soy sino Antón Clemente,  
y andas, Pedro, impertinente  
en hablar por tal camino.

PEDRO: (Pan por pan, vino por vino, [Aparte]  
se ha de hablar con esta gente).

¿Haste visto con Clemencia  
a solas o en parte oscura,  
donde ella te dio licencia  
de alguna desenvoltura  
que encargase la conciencia?

CLEMENTE: Pedro, el cielo me confunda,  
y la tierra aquí me hunda,  
y el aire jamás me aliente,  
si no es un amor decente  
en quien el mío se funda.

Del padre el rico caudal  
el mío pobre desprecia  
por no ser al suyo igual,

y entiendo que sólo precia  
el de Llorente y Pascual,  
que son ricos, y es razón  
que se lleve el corazón  
tras sí de cualquier mujer,  
no el querer, sino el tener  
del oro la posesión.

Y, demás desto, Clemencia  
a mi amor no corresponde  
por no sé qué impertinencia  
que le han dicho, y así, esconde  
de mis ojos su presencia;

y si tú, Pedro, no haces  
de nuestras riñas las paces,  
ya por perdido me cuento.

PEDRO:  
O no tendré entendimiento,  
o he de trazar tus solaces.

Si sale, como imagino,  
hoy mi amo por alcalde,  
te digo, como adivino,  
que hoy no te trujo de balde  
a hablar conmigo el destino.

Tú verás cómo te entrego  
en holganza y en sosiego  
el bien que interés te veda,  
y que al dártele preceda  
promesa, dádiva y ruego.

Y, en tanto que esto se traza,  
vuelve los ojos y mira  
los lazos con que te enlaza  
Amor, y por quien suspira  
Febo, que allí se disfraz;

mira a los rubios cabellos  
de Clemencia, y mira entre ellos  
al lascivo Amor jugando,  
y cómo se va admirando  
por ver que se mira en ellos.

Benita viene con ella,  
su prima, cual si viniese  
con el sol alguna estrella  
que no menos luz nos diese  
que el mismo sol: tal es ella.

Clemente, ten advertencia  
que, si llega aquí Clemencia,  
te le humilles: yo a Benita,  
como a una cosa bendita  
le pienso hacer reverencia.

Dile con lengua curiosa  
cosas de que no disguste,  
y ten por cierta una cosa:  
que no hay mujer que no guste  
de oírse llamar hermosa.

Liberal desta moneda  
te muestra; no tengas queda  
la lengua en sus alabanzas,  
verás volver las mudanzas  
de la variable rueda.

*[Sale]n CLEMENCIA y BENITA, zagalas, con sus cantarillas,  
como que van a la fuente*

BENITA:                   ¿Por qué te vuelves, Clemencia?  
CLEMENCIA:               ¿Por qué me vuelvo, Benita?  
Por no verme en la presencia  
de quien la salud me quita  
y me da mortal dolencia;  
por no ver a un insolente

que tiene bien diferente  
de la condición el nombre.  
BENITA: Apostaré que es el hombre  
por quien lo dices Clemente.  
CLEMENTE: ¿Soy basilisco, pastora,  
o soy alguna fantasma  
que se aparece a deshora,  
con que el sentido se pasma  
y el ánimo se empeora?  
CLEMENCIA: No eres sino un parlero,  
adulador, lisonjero  
y, sin porqué, ja[c]tancioso,  
en verdades mentiroso  
y en mentiras verdadero.  
¿Cuándo te he dado yo prenda  
que de mi amor te asegure  
tanto, que claro se entienda  
que, aunque el amor me procure,  
no hayas temor que te ofenda?  
Esto dijiste a Jacinta,  
y le mostraste una cinta  
encarnada que te di,  
y en tu rostro se ve aquí  
aquesta verdad distinta.  
CLEMENTE: Clemencia, si yo he dicho cosa alguna  
que no vaya a servirte encaminada,  
venga de la más próspera fortuna  
a la más abatida y desastrada;  
si siempre sobre el cerco de la luna  
no has sido por mi lengua levantada,  
cuando quiera decirte mi querella,  
mudo silencio el cielo infunda en ella;  
si mostré tal, la fe en que yo pensaba,  
por la ley amorosa, de salvarme,  
cuando a la vida el término se acaba,  
por ella entonces venga a condenarme;  
si dije tal, jamás halle en su aljaba  
flechas de plomo Amor con que tirarme,  
si no es a ti, y a mí con las doradas,  
a helarte y abrasarme encaminadas.  
PEDRO: Clemencia, tu padre viene,  
y con la vara de alcalde.  
CLEMENCIA: No la ha alcanzado de balde;  
que su salmorejo tiene.  
Hermano Clemente, adiós.  
CLEMENTE: Pues, ¿cómo quedamos?  
CLEMENCIA: Bien.  
Benita, si quieres, ven.  
BENITA: Sí, pues venimos las dos.

*[Vanse] BENI TA y CLEMENCIA*

PEDRO: Vete en buen hora, Clemente,  
y quédese el cargo a mí  
de lo que he de hacer por ti.  
CLEMENTE: Adiós, pues.  
PEDRO: Él te contente.

*Sal en Martín CRESPO, al cal de, padre de CLEMENCIA, y  
SANCHO Macho y Di ego  
TARUGO, regi dores*

TARUGO: Plácenos, Martín Crespo, del suceso.  
Desechéisla por otra de brocado,

sin que jamás un voto os salga avieso.  
 [CRESPO]: Diego Tarugo, lo que me ha costado  
 aquesta vara, sólo Dios lo sabe,  
 y mi vino, y capones, y ganado.  
 El que no te conoce, ése te alabe,  
 deseo de mandar.

SANCHO: Yo aqueso digo,  
 que sé que en él todo cuidado cabe.  
 Véala yo en poder de mi enemigo,  
 vara que es por presentes adquirida.

[CRESPO]: Pues ahora la tiene un vuestro amigo.

SANCHO: De vos, Crespo, será tan bien regida,  
 que no la doble dádiva ni ruego.

[CRESPO]: No, ¡juro a mí!, mientras tuviere vida.  
 Cuando mujer me informe, estaré ciego;  
 al ruego del hidalgo, sordo y mudo;  
 que a la severidad todo me entrego.

TARUGO: Ya veo en vuestro tiempo, y no lo dudo,  
 sentencias de Salmón, el rey discreto,  
 que el niño dividió con hierro agudo.

[CRESPO]: Al menos, de mi parte yo prometo  
 de arrimarme a la ley en cuanto pueda  
 sin alterar un mínimo decreto.

SANCHO: Como yo lo deseo, así suceda;  
 y adiós.

[CRESPO]: Fortuna os tenga, Sancho Macho,  
 en la empinada cumbre de su rueda.

TARUGO: Sin que el temor o amor os ponga empacho,  
 juzgad, Crespo, terrible y brevemente:  
 que la tardanza en toda cosa tacho;  
 y a Dios quedad.

[CRESPO]: En fin, sois buen pariente.

[Vanse] SANCHO Macho y Di ego TARUGO

Pedro, que escuchando estás,  
 ¿cómo de mi buen suceso  
 el parabién no me das?  
 Ya soy alcalde, y confieso  
 que lo seré por demás,  
 si tú no me das favor  
 y muestras algún primor  
 con que juzgue rectamente;  
 que te tengo por prudente,  
 más que a un cura y a un doctor.

PEDRO: Es aqueso tan verdad,  
 cual lo dirá la experiencia,  
 porque con facilidad  
 luego os mostraré una ciencia  
 que os dé nombre y calidad.  
 Llegarás Licurgo apenas,  
 y la celebrada Atenas  
 callará sus doctas leyes;  
 envidiaros han los reyes  
 y las escuelas más buenas.  
 Yo os meteré en la capilla  
 dos docenas de sentencias  
 que al mundo den maravilla,  
 todas con sus diferencias,  
 civiles, o de rencilla;  
 y la que primero a mano  
 os viniere, está bien llano  
 que no ha de haber más que ver.

[CRESPO]: Desde hoy más, Pedro, has de ser  
 no mi mozo, mas mi hermano.  
 Ven, y mostrarásme el modo  
 cómo yo ponga en efeto

PEDRO: lo que has dicho, en parte o en todo.  
Pues más cosas te prometo.  
[CRESPO]: A cualquiera me acomodo.

*[Vanse CRESPO], el alcalde y PEDRO. Salen otra vez  
SANCHO Macho y TARUGO*

SANCHO: Mirad, Tarugo: bien siento  
que, aunque el parabién le distes  
a Crespo de su contento,  
otro paramal tuvistes  
guardado en el pensamiento;  
porque, en efeto, es mancilla  
que se riya aquesta villa  
por la persona más necia  
que hay desde Flandes a Grecia  
y desde Egipto a Castilla.

TARUGO: Hoy mostrará la experiencia,  
buen regidor Sancho Macho,  
adónde llega la ciencia  
de Crespo, a quien yo no tacho  
hasta la primera audiencia;  
y, pues agora ha de ser,  
soy, Macho, de parecer  
que le oigamos.

SANCHO: Sea así;  
aunque tengo para mí  
que un simple en él se ha de ver.

*[Sale]n LAGARTIJA y HORNACHUELOS, labradores*

HORNACHUELOS: ¿De quién, señores, sabremos  
si el alcalde en casa está?  
TARUGO: Aquí los dos le atendemos.  
LAGARTIJA: Señal es que aquí saldrá.  
SANCHO: Tan cierta, que ya le vemos.

*Salen [CRESPO], al alcalde y REDONDO, escribano, y  
PEDRO*

[CRESPO]: ¡Oh valientes regidores!  
REDONDO: Siéntense vuestas mercedes.  
[CRESPO]: Sin ceremonia, señores.  
TARUGO: En cortés, exceder puedes  
a los cortesés mayores.  
[CRESPO]: Siéntese aquí el escribano,  
y a mi izquierda y diestra mano  
los regidores estén;  
y tú, Pedro, estarás bien  
a mis espaldas.

PEDRO: Es llano.  
Aquí, en tu capilla, están  
las sentencias suficientes  
a cuantos pleitos vendrán,  
aunque nunca pares mientes  
a la relación que harán;  
y si alguna no estuviere,  
a tu asesor te refiere,  
que yo lo seré de modo  
que te saque bien de todo,  
y sea lo que se fuere.

REDONDO: ¿Quieren algo, señores?  
LAGARTIJA: Sí querriamos.  
REDONDO: Pues digan: que aquí está el señor alcalde,

que les hará justicia rectamente.

[CRESPO]: Perdónemelo Dios lo que ahora digo,  
y no me sea tomado por soberbia:  
tan tiestamenta pienso hacer justicia,  
como si fuese un sonador romano.

REDONDO: Senador, Martín Crespo.

[CRESPO]: Allá va todo.  
Digan su pleito apriesa y brevemente:  
que apenas me le habrán dicho, en mi ánima,  
cuando les dé sentencia rota y justa.  
REDONDO: Recta, señor alcalde.

[CRESPO]: Allá va todo.

HORNACHUELOS: Prestóme Lagartija tres reales,  
volvile dos, la deuda queda en uno,  
y él dice que le debo cuatro justos.  
Éste es el pleito: brevedad, y dije.  
¿Es aquesto verdad, buen Lagartija?

LAGARTIJA: Verdad; pero yo hallo por mi cuenta,  
o que yo soy un asno, o que Hornachuelos  
me queda a deber cuatro.

[CRESPO]: ¡Bravo caso!

LAGARTIJA: No hay más en nuestro pleito, y me rezumo  
en lo que sentenciare el señor Crespo.

REDONDO: Rezumo por resumo, allá va todo.

[CRESPO]: ¿Qué decís vos a esto, Hornachuelos?

HORNACHUELOS: No hay qué decir; yo en todo me arremeto  
al señor Martín Crespo.

REDONDO: Me remito,

¡pese a mi abuelo!

[CRESPO]: Dejadle que arremeta;  
¿qué se os da a vos, Redondo?

REDONDO: A mí, nonada.

[CRESPO]: Pedro, sácame, amigo, una sentencia  
desa capilla: la que está mas cerca.

REDONDO: ¿Antes de ver el pleito, hay ya sentencia?

[CRESPO]: Ahí se podrá ver quién es Callejas.

PEDRO: Léase esta sentencia, y punto en boca.

REDONDO: "En el pleito que tratan .N. y .F."

PEDRO: Zutano con Fulano significan  
la .N. con la .F. entre dos puntos.

REDONDO: Así es verdad. Y digo que "en el pleito  
que trata este Fulano con Zutano,  
que debo condenar, fallo y condeno  
al dicho puerco de Zutano a muerte,  
porque fue matador de la criatura  
del ya dicho Fulano... "Yo no atino  
qué disparate es éste deste puerco  
y de tantos Fulanos y Zutanos,  
ni sé cómo es posible que esto cuadre  
ni esquine con el pleito destes hombres.

[CRESPO]: Redondo está en lo cierto, Pedro amigo,  
mete la mano y saca otra sentencia;  
podría ser que fuese de provecho.

PEDRO: Yo, que soy asesor vuestro, me atrevo  
de dar sentencia luego cual convenga.

LAGARTIJA: Por mí, mas que la dé un jumento nuevo.

SANCHO: Digo que el asesor es extremado.

HORNACHUELOS: Sentencia norabuena.

[CRESPO]: Pedro, vaya,  
que en tu magín mi honra deposito.

PEDRO: Deposite primero Hornachuelos,  
para mí, el asesor, doce reales.

HORNACHUELOS: Pues sola la mitad importa el pleito.

PEDRO: Así es verdad: que Lagartija, el bueno,  
tres reales de a dos os dio prestados,  
y éstos le volvistes dos sencillos;  
y por aquesta cuenta debéis cuatro,  
y no, cual decís vos, no más de uno.

LAGARTIJA: Ello es así, sin que le falte cosa.  
HORNACHUELOS: No lo puedo negar; vencido quedo,  
y pagaré los doce con los cuatro.  
REDONDO: Ensúciome en Catón y en Justiniano,  
¡oh Pedro de Urde, montañés famoso!,  
que así lo muestra el nombre y el ingenio.  
HORNACHUELOS: Yo voy por el dinero, y voy corrido.  
LAGARTIJA: Yo me contento con haber vencido.

[Vanse] LAGARTIJA y HORNACHUELOS. Sal en CLEMENTE y  
CLEMENCIA, como pastor y pastora, embozados

CLEMENTE: Permítase que hablemos embozados  
ante tan justiciero ayuntamiento.  
alcalde Mas que habléis en un costal atados;  
porque a oír, y no a ver, aquí me siento.  
CLEMENTE: Los siglos que renombre de dorados  
les dio la antigüedad con justo intento,  
ya se ven en los nuestros, pues que vemos  
en ellos de justicia los extremos.  
  
Vemos un Crespo alcalde...  
alcalde Dios os guarde.  
Dejad aquesas lonjas a una parte...  
REDONDO: Lisonjas, decir quiso.  
[CRESPO]: Y, porque es tarde,  
de vuestro intento en breve nos dad parte.  
CLEMENTE: Con verdadera lengua, cierto alarde  
hace de lo que quiero parte a parte.  
[CRESPO]: Decid: que ni soy sordo, ni lo he sido.

CLEMENTE: Desde mis tiernos años,  
de mi fatal estrella conducido,  
sin las nubes de engaños,  
el sol que en este velo está escondido  
miré para adoralle,  
porque esto hizo el que llegó a miralle.  
Sus rayos se imp[r]imieron  
en lo mejor del alma, de tal modo,  
que en sí la convirtieron:  
todo soy fuego, yo soy fuego todo,  
y, con todo, me hielo,  
si el sol me falta que me eclipsa un velo.  
Grata correspondencia  
tuvo mi justo y mi cabal deseo:  
que Amor me dio licencia  
a hacer de mi alma rico empleo:  
en fin, esta pastora,  
así como la adoro, ella me adora.  
A hurto de su padre,  
que es de su libertad duro tirano,  
que ella no tiene madre,  
de esposa me entregó la fe y la mano;  
y agora, temerosa  
del padre, no confiesa ser mi esposa.  
Teme que el padre, rico,  
se afrente de mi humilde medianía,  
porque hace el pellico  
al monje en estad edad de tiranía.  
Él me sobra en riqueza;  
pero no en la que da naturaleza.  
Como él, yo soy tan bueno;  
tan rico, no, y a su riqueza igualo  
con estar siempre ajeno  
de todo vicio perezoso y malo;  
y, entre buenos, es fuero  
que valga la virtud más que el dinero.



Pido que ante ti vuelva  
a confirmar el sí de ser mi esposa,  
y en serlo se resuelva,  
sin estar de su padre temerosa,  
pues que no aparta el hombre  
a los que Dios juntó en su gracia y nombre.

[CRESPO]:                   ¿Qué respondéis a esto,  
sol que entre nubes se cubrió a deshora?  
CLEMENTE:                Su proceder honesto  
la tendrá muda, por mi mal, agora;  
pero señales puede  
hacer con que su intento claro quede.  
[CRESPO]:                   ¿Sois su esposa, doncella?  
PEDRO:                    La cabeza bajó: señal bien clara  
que no lo niega ella.  
SANCHO:                   Pues, ¿en qué, Martín Crespo, se repara?  
[CRESPO]:                En que de mi capilla  
se saque la sentencia, y en oílla.  
                          Pedro, sácala al punto.  
PEDRO:                    Yo sé que ésta saldrá pintiparada,  
porque, a lo que barrunto,  
siempre fue la verdad acreditada,  
por atajo o rodeo;  
y esta sentencia lo dirá que leo.

*Saca un papel de la capilla, y léele PEDRO*

"Yo, Martín Crespo, alcalde, determino  
que sea la pollina del pollino."

REDONDO:                Vaso de suertes es vuestra capilla,  
y ésta que ha sido agora pronunciada,  
aunque es para entre bestias, maravilla,  
y aun da muestras de ser cosa pensada.  
CLEMENTE: El alma en Dios, y en tierra la rodilla,  
la vuestra besaré, como a estremada  
coluna que sustenta el edificio  
donde moran las ciencias y el jüicio.  
[CRESPO]:                Puesto que redundará esta sentencia,  
hijo, en haberos dado el alma mía,  
porque no es otra cosa mi Clemencia,  
me fuera de gran gusto y alegría.  
Y alégrenos agora la presencia  
vuestra, que está en razón y en cortesía,  
pues ya lo desleído y sentenciado  
será, sin duda alguna, ejecutado.  
CLEMENCIA:              Pues, con ese seguro, padre mío,  
el velo quito y a tus pies me postro.  
Mal haces en usar deste desvío,  
pues soy tu hija, y no espantable monstró.  
Tú has dado la sentencia a tu albedrío,  
y, si es injusta, es bien que te dé en rostro;  
pero, si justa es, haz que se apruebe,  
con que a debida ejecución se lleve.  
[CRESPO]:                Lo que escribí, escribí; bien dices, hija:  
y así, a Clemente admito por mi hijo,  
y el mundo deste proceder colija  
que más por ley que por pasión me rijo.  
SANCHO:                 No hay alma aquí que no se regocija  
de vuestro no pensado regocijo.  
TARUGO:                 Ni lengua que a Martín Crespo no alabe  
por hombre ingeniosísimo y que sabe.  
PEDRO:                    Nuestro amo, habéis de saber  
que es merced particular  
la que el cielo quiere hacer

cuando se dispone a dar  
al hombre buena mujer;  
y corre el mismo partido  
ella, si le da marido  
que sea en todo varón,  
afable de condición,  
más que arrojado, sufrido.

De Clemencia y de Clemente  
se hará un junta dichosa,  
que os alegre y os contente,  
y quien lleve vuestra honrosa  
estirpe de gente en gente,  
y esta noche de San Juan  
las bodas celebrarán,  
con el suyo y vuestro gusto.

[CRESPO]:

Señales de hombre muy justo  
todas tus cosas me dan;  
pero la boda otro día  
se hará: que es noche ocupada  
de general alegría  
aquésta.

CLEMENTE:

No importa nada,  
siendo ya Clemencia mía:  
que el gusto del corazón  
consiste en la posesión  
mucho más que en la esperanza.

PEDRO:

¡Oh, cuántas cosas alcanza  
la industria y sagacidad!

[CRESPO]:

Vamos, que hay mucho que hacer  
esta noche.

TARUGO:

Sea en buen hora.

CLEMENTE:

Ni qué esperar ni temer  
me queda, pues por señora  
y esposa te vengo a ver.

TARUGO:

¡Bien escogistes, Clemencia!

CLEMENCIA:

Al que ordenó la sentencia  
las gracias se den, y al cielo.

PEDRO:

De que he encargado, recelo,  
algún tanto mi conciencia.

*[Vanse] todos, y, al entrarse, sale PASCUAL y tira del sayo a PEDRO, y  
quédanse los dos en el teatro, y tras PASCUAL [sale] un  
SACRISTÁN*

PASCUAL:

Pedro amigo.

PEDRO:

¿Qué hay, Pascual?

No pienses que me descuido  
del remedio de tu mal;  
antes, en él tanto cuido,  
que casi no pienso en al.

Esta noche de San Juan  
ya tú sabes cómo están  
del lugar las mozas todas  
esperando de sus bodas  
las señales que les dan.

Benita, el cabello al viento,  
y el pie en una bacía  
llena de agua, y oído atento,  
ha de esperar hasta el día  
señal de su casamiento;

sé tú primero en nombrarte  
en su calle, de tal arte,  
que claro entienda tu nombre.

PASCUAL:

Por excelencia, el renombre  
de industrial pueden darte.

Yo lo haré así: queda en paz;  
mas, después de aquesto hecho,

tú lo que faltare haz,  
ansí no abrasa tu pecho  
el fuego de aquel rapaz.  
Así será; ve con Dios.

[PEDRO]:

*Vase PASCUAL*

SACRISTÁN:  
Por ligero que seáis vos,  
yo os saldré por el atajo,  
y buscaré sin trabajo  
la industria de ambos a dos.

*[Vase el SACRISTÁN. Sale MALDONADO, conde de gitanos; y adviértase que todos los que hicieron figura de gitanos, han de hablar ceceoso]*

MALDONADO:  
Pedro, señor, Dios te guarde.  
¿Qué te haz hecho, que he venido  
a buzcarte aquezta tarde,  
por ver ci eztás ya atrevido,  
o todavía cobarde?  
Quiero decir, ci te agrada  
el cer nueztra camarada,  
nueztro amigo y compañero,  
como me haz dicho.

PEDRO: Sí quiero.

MALDONADO: ¿Reparaz en algo?

PEDRO: En nada.

MALDONADO:  
Mira, Pedro: nueztra vida  
ez zuelta, libre, curioza,  
ancha, holgazana, estendida,  
a quien nunca falta coza  
que el deceo buzque y pida.  
Danoz el herbozo zuelo  
lechoz; círvenoz el cielo  
de pabellón dondequiera;  
ni noz quema el zol, ni altera  
el fiero rigor del yelo.  
El máz cerrado vergel  
laz primiciaz noz ofrece  
de cuanto bueno haya en él;  
y apenaz ce vee o parece  
la albilla o la mozcatel,  
que no eztá luego en la mano  
del atrevido gitano,  
zahorí del fruto ajeno,  
de induztoria y ánimo lleno,  
ágil, prezto, zuelto y zano.  
Gozamoz nueztroz amarez  
librez del dezazociego  
que dan loz competidorez,  
calentádonoz zu fuego  
cin celoz y cin temorez.  
Y agora eztá una mochacha  
que con nadie no ce empacha  
en nueztro rancho, tan bella,  
que no halla en qué ponella  
la envidia ni aun una tacha.  
Una gitana, hurtada,  
la trujo; pero ella es tal,  
que, por hermosa y honrada,  
muestra que es de principal  
y rica gente engendrada.  
Ezta, Pedro, cerá tuya,  
aunque máz el yugo huya,  
que rinde la libertad,

cuando de nueztra amiztad  
lo acordado ce concluya.

PEDRO:                   Porque veas, Maldonado,  
lo que me mueve el intento  
a querer mudar de estado,  
quiero que me estés atento  
un rato.

MALDONADO:               De muy buen grado.

PEDRO:                   Por lo que te he de contar,  
vendrás en limpio a sacar  
si para gitano soy.

MALDONADO:               Atento eztaré y eztoy;  
bien puedez ya comenzar.

PEDRO:                   Yo soy hijo de la piedra,  
que padre no conocí:  
desdicha de las mayores  
que a un hombre pueden venir.  
No sé dónde me criaron;  
pero sé decir que fui  
destos niños de dotrina  
sarnosos que hay por ahí.  
Allí, con dieta y azotes,  
que siempre sobran allí,  
aprendí las oraciones,  
y a tener hambre aprendí;  
aunque también con aquesto  
supe leer y escribir,  
y supe hurtar la limosna,  
y desculparme y mentir.  
No me contentó esta vida  
cuando algo grande me vi,  
y en un navío de flota  
con todo mi cuerpo di,  
donde serví de grumete,  
y a las Indias fui y volví,  
vestido de pez y anjeo,  
y sin un maravedí.  
Temí con los huracanes,  
y con las calmas temí,  
y espantóme la Bermuda  
cuando su costa corrí.  
Dejé el comer del bizcocho  
con dos dedos de hollín,  
y el beber vino del diablo  
antes que de San Martín.  
Pisé otra vez las riberas  
del rico Guadalquivir,  
y entreguéme a sus crecientes,  
y a Sevilla me volví,  
donde al rateruelo oficio  
me acomodé bajo y vil  
de mozo de la esportilla,  
que el tiempo lo pidió así;  
en el cual, sin ser yo cura,  
muy muchos diezmos cogí,  
haciendo salva a mil cosas  
que me condenan aquí.  
En fin: por cierta desgracia,  
el oficio tuvo fin,  
y comenzó el peligroso  
que suelen llamar mandil.  
En él supe de la hampa  
la vida larga y cerril,  
formar pendencias del viento,  
y con el soplo herir.  
Mi amo, que era tan bravo  
como ligero pasquín,  
dio asalto a una faldriquera

a lo callado y sutil;  
con las manos en la masa  
le cogió un cierto alguacil,  
y él quiso ser en un potro  
confesor y no martir;  
mártir, digo, Maldonado.

MALDONADO:

En eso, ¿qué me va a mí?  
Pronunciad como os dé gusto,  
pues que no habláis latín.

PEDRO:

Palme[ó]lle las espaldas  
contra su gusto el bochín,  
de lo cual quedó mohíno,  
según que dijo un malsín.  
A las casas movedizas  
le llevaron, y yo vi  
arañarse la Escalanta  
y llorar la Becerril.  
Yo, viéndome sin el fieltro  
de mi andaluz paladín,  
de mandil a moch[illero  
un salto forzoso di.  
Deparóme la fortuna  
un soldado espadachín  
de los que van hasta el puerto,  
y se vuelven desde allí.  
Las boletas rescatadas,  
las gallinas que cogí,  
si no las perdona el cielo,  
¡desventurado de mí!  
Diome en rostro aquella vida,  
porque della conocí  
que el soldado churrullero  
tiene en las gurapas fin,  
y a gentilhombre de playa  
en un punto me acogí,  
vida de mil sobresaltos  
y de contentos cien mil.  
Mas, por temor de irme a Argel,  
presto a Córdoba me fui,  
adonde vendí aguardiente,  
y naranjada vendí.  
Allí el salario de un mes  
en un día me bebí,  
porque, si hay agua que sepa,  
la ardiente es doctor sutil.  
Arrojárame mi amo  
con un trabuco de sí,  
y en casa de un asturiano  
por mi desventura di.  
Hacía suplicasiones,  
suplicasiones vendí,  
y en un día diez canastas  
todas las jugué y perdí.  
Fuime, y topé con un ciego,  
a quien diez meses serví,  
que, a ser años, yo supiera  
lo que no supo Merlín.  
Aprendí la jerigonza,  
y a ser vistoso aprendí,  
y a componer oraciones  
en verso airoso y gentil.  
Murióseme mi buen ciego,  
dejóme cual Juan Paulín,  
sin blanca, pero discreto,  
de ingenio claro y sutil.  
Luego fui mozo de mulas,  
y aun de un fullero lo fui,  
que con la boca de lobo  
se tragara a San Quintín;

gran jugador de las cuatro,  
y con la sola le vi  
dar tan mortales heridas,  
que no se pueden decir.  
Berrugeta y ballestilla,  
el raspadillo y hollín  
jugaba por excelencia,  
y el Mase Juan hi de ruin.  
Gran saje del espejuelo,  
y del retén tan sutil,  
que no se le viera un lince  
con los antojos del Cid.  
Cayóse la casa un día,  
vínole su San Martín,  
pusiéro[n]le un sobreescrito  
encima de la nariz.  
Dejéle, y víneme al campo,  
y sirvo, cual ves, aquí,  
a Martín Crespo, el alcalde,  
que me quiere más que a sí.  
Es Pedro de Urde mi nombre:  
mas un cierto Malgesí,  
mirándome un día las rayas  
de la mano, dijo así:  
"Añadidle Pedro al Urde  
un malas; pero advertid,  
hijo, que habéis de ser rey,  
fraile y papa, y matachín.  
Y avendríos por un gitano  
un caso que sé decir  
que le escucharán los reyes  
y gustarán de le oír.  
Pasaréis por mil oficios  
trabajosos; pero al fin  
tendréis uno do seáis  
todo cuanto he dicho aquí."  
Y, aunque yo no le doy crédito,  
todavía veo en mí  
un no sé qué que me inclina  
a ser todo lo que oí;  
pues, como deste pronóstico  
el indicio veo en ti,  
digo que he de ser gitano,  
y que lo soy desde aquí.

MALDONADO:

¡Oh Pedro de Urdemalaz generozo,  
coluna y cer del gitanezco templo!  
Ven, y daraz principio al alto intento  
que te incita, te mueve, impele y lleva  
a ponerte en la lizta gitanezca;  
ven a aduicir el agrio y tierno pecho  
de la hurtada mochacha que te he dicho,  
por quien zeráz dichoso zobremodo.  
PEDRO:  
Vamos, que yo no pongo duda en eso,  
y espero deste asunto un gran suceso.

[Vanse]. *Pónese BENI TA a la ventana en  
cabello*

BENITA:

Tus alas, ¡oh noche!, extiende  
sobre cuantos te requiebran,  
y a su gusto justo atiende,  
pues dicen que te celebran  
hasta los moros de aliende.  
Yo, por conseguir mi intento,  
los cabellos doy al viento,  
y el pie izquierdo a una bacía

llena de agua clara y fría,  
y el oído al aire atento.  
Eres noche tan sagrada,  
que hasta la voz que en ti suena  
dicen que viene preñada  
de alguna ventura buena  
a quien la escucha guardada.  
Haz que a mis oídos toque  
alguna que me provoque  
a esperar suerte dichosa.

[Sale] el SACRISTÁN

SACRISTÁN: Prenderá a la dama hermosa,  
sin alguna duda, el Roque.  
Roque ha de ser el que prenda  
en este juego a la dama,  
puesto que ella se defienda;  
que su ventura le llama  
a gozar tan rica prenda.

BENITA: Roque dicen, Roque oí.  
Pues no hay otro Roque aquí  
que el necio del sacristán.  
Veamos si nombrarán  
Roque otra vez.

SACRISTÁN: Será así,  
porque es el Roque tal pieza,  
que no hay dama que se esquite  
de entregalle su belleza;  
y, aunque en estrechez vive,  
es muy rico en su estrechez.

BENITA: ¡Ce!, gentilhombre, tomad  
este listón y mostrad  
quién sois mañana con él.

SACRISTÁN: Seréos en todo fiel,  
extremo de la beldad;

*Estándole dando un listón BENITA al SACRISTÁN,  
[sale] PASCUAL, y áselo del cuello y quítale la cinta*

que cualquiera que seáis  
de las dos que en esta casa  
vivís, sé os aventajáis  
a Venus.

PASCUAL: ¿Que aquesto pasa?  
¿Que esta cuenta de vos dais?  
Benita, ¿que a un sacristán,  
vuestros despojos se dan?  
Grave fuera aquesta culpa,  
si no tuviera disculpa  
en ser noche de San Juan.  
Vos, bachiller graduado  
en letras de canto llano,  
¿de quién fuistes avisado  
para ganar por la mano  
el juego mal comenzado?  
¿Así a maitines se toca  
con vuestra vergüenza poca?  
¿Así os hacen olvidar  
del cantar y repicar  
los picones de una loca?

[Sale] PEDRO

PEDRO:                   ¿Qué es esto, Pascual amigo?

PASCUAL:                El sacristán y Benita  
han querido sea testigo  
de que ella es mujer bendita  
y él de embustes enemigo;  
                          mas porque no se alborote,  
y vea que al estricote  
le trae su honra su intento,  
por testigos le presento  
esta cinta y este zote.

SACRISTÁN:             Por las santas vinajeras,  
a quien dejo cada día  
agostadas y ligeras,  
que no fue la intención mía  
de burlarme con las veras.  
                          Hoy a los dos os oí  
lo que había de hacer allí  
Benita, en cabello puesta,  
y, por gozar de la fiesta,  
vine, señores, aquí.  
                          Nombréme, y ella acudió  
al reclamo, como quien,  
del primer nombre que oyó,  
de su gusto y de su bien  
indicio claro tomó;  
                          que la vana hechicería  
que la noche antes del día  
de San Juan usan doncellas,  
hace que se muestren ellas  
de liviana fantasía.

PASCUAL:                ¿Para qué te dio esta cinta?

SACRISTÁN:             Para que me la pusiese,  
y conocer por su pinta  
quién yo era, cuando fuese  
ya la luz clara y distinta.

BENITA:                 ¿Para qué a tantas preguntas  
te alargas, Pascual? ¿Barruntas  
mal de mí? Mas no lo dudo,  
porque, en mi daño, de agudo  
siempre he visto que despuntas.

PASCUAL:                Así con esa verdad  
se te arranque el alma, ingrata,  
sospechosa en la amistad,  
que con más llaneza trata  
que vio la sinceridad.  
                          Los álamos de aquel río,  
que con el cuchillo mío  
tienen grabado tu nombre,  
te dirán si yo soy hombre  
de buen proceder vacío.

PEDRO:                 Yo soy testigo, Benita,  
que no hay haya en aquel prado  
donde no te vea escrita,  
y tu nombre coronado  
que tu fama solicita.

PASCUAL:                ¿Y en qué junta de pastores  
me has visto que los loores  
de Benita no alce al cielo,  
descubriendo mi buen celo  
y encubriendo mis amores?  
                          ¿Qué almendro, guindo o manzano  
has visto tú que se viese  
en dar su fruto temprano  
que por la mía no fuese  
traído a tu bella mano  
                          antes que las mismas aves  
le tocasen? Y aun tú sabes  
que otras cosas por ti he hecho  
de tu honra y tu provecho,



dignas de que las alabes.

Y en los árboles que ahora  
vendrán a enramar tu puerta,  
verás, crüel matadora,  
cómo en ellos se vee cierta  
la gran fe que en mi alma mora.

Aquí verás la verbena,  
de raras virtudes llena,  
y el rosal, que alegra al alma,  
y la vitoriosa palma,  
en todos sucesos buena.

Verás del álamo erguido  
pender la delgada oblea,  
y del valle aquí traído,  
para que en tu puerta sea  
sombra al sol, gusto al sentido.

BENITA: No hayas miedo me provoque  
tu arenga a que yo te toque  
la mano, encuentro amoroso,  
porque no ha de ser mi esposo  
quien no se llamare Roque.

PEDRO: Tú tienes mucha razón;  
pero el remedio está llano  
con toda satisfacción,  
porque nos le da en la mano  
la santa Confirmación.

Puede Pascual confirmarse,  
y puede el nombre mudarse  
de Pascual en Roque, y luego,  
con su gusto y tu sosiego,  
puede contigo casarse.

BENITA: Dese modo, yo lo aceto.

SACRISTÁN: ¡Gracias a Dios que me veo  
libre de tan grande aprieto!

PEDRO: Que has hecho un gallardo empleo,  
Benita, yo te prometo,  
porque aquel refrán que pasa  
por gente de buena masa,  
que es discreto determino:  
"Al hijo de tu vecino,  
límpiale y métele en casa".

BENITA: Ponte ese listón, Pascual,  
y en parte do yo le vea.

PASCUAL: Pienso hacer dél el caudal  
que hace de su librea  
Iris, arco celestial.

Espérate, que ya suena  
la música que se ordena  
para el traer de los ramos.

PEDRO: Con gusto aquí la esperamos.

BENITA: Ella venga en hora buena.

*Suena dentro todo género de música y su gaita zamorana.*

*Salen todos los que pudieron con ramos, principalmente CLEMENTE, y los  
MÚSICOS entran cantando esto*

[MÚSICOS]: *Niña, la que esperas  
en reja o balcón,  
advierde que viene  
tu polido amor.  
Noche de San Juan,  
el gran Precursor,  
que tuvo la mano  
más que de reloj,  
pues su dedo santo  
tan bien señaló,  
que nos mostró el día*

que no anocheció;  
muéstratenos clara,  
sea en ti el albor  
tal, que perlas llueva  
sobre cada flor;  
y en tanto que esperas  
a que salga el sol,  
di[r]ás a mi niña  
en suave son:

Niña, la que esperas,  
en reja o balcón,  
advierde que viene  
tu polido amor.

Dirás a Benita  
que Pascual, pastor,  
guarda los cuidados  
de tu corazón;  
y que de Clemencia  
el que es ya señor,  
es su humilde esclavo,  
con justa razón;  
y a la que desmaya  
en su pretensión,  
tenla de tu mano,  
no la olvides, non,  
y dile callando,  
o en erguida voz,  
de modo que oiga  
la imaginación:

Niña, la que esperas  
en reja o balcón,  
advierde que viene  
tu polido amor.

CLEMENTE:

Ello está muy bien cantado.  
¡Ea!, enrámese este umbral  
por el uno y otro lado.  
¿Qué haces aquí, Pascual,  
de los dos acompañado?

Ayúdanos, y a Benita  
con servicios solicita,  
enramándole la puerta:  
que a la voluntad ya muerta  
el servirla resucita.

Ese laurel pon aquí,  
ese sauce a esotra parte,  
ese álamo blanco allí,  
y entre todos tenga parte  
el jazmín y el alhelí.

Haga el suelo de esmeraldas  
la juncia, y la flor de gualdas  
le vuelva en ricos topacios,  
y llénense estos espacios  
de flores para guirnaldas.

BENITA:

Vaya otra vez la música, señores,  
que la escucha Clemencia; y tú, mi Roque,

*Quítase de la ventana*

PASCUAL:

haz que suene otra vez.

A mí me place,  
confirmadora dulce hermosa mía.  
Vuélvanse a repicar esas sonajas,  
háganse rajas las guitarras, vaya  
otra vez el floreo, y solenícese

CLEMENTE: esta mañana en todo el mundo célebre,  
pues que lo quiere así la gloria mía.  
Cántese, y vamos, que se viene el día.

[MÚSICOS]: A la puerta puestos  
de mis amores,  
espinas y zarzas  
se vuelven flores.  
El fresno escabroso  
y robusta encina,  
puestos a la puerta  
do vive mi vida,  
verán que se vuelven,  
si acaso los mira,  
en matas sabeas  
de sacros dolores,  
y espinas y zarzas  
se vuelven flores;  
do pone la vista  
o la tierna planta,  
la yerba marchita  
verde se levanta;  
los campos alegre,  
regocija al alma,  
enamora a siervos,  
rinda a señores,  
y espinas y zarzas  
se vuelven flores.

[Vanse] cantando. Salen INÉS y BELICA, gitanas, que las  
podrán hacer las que han hecho BENITA y CLEMENCIA

INÉS: Mucha fantasía es ésa;  
Belilla, no sé qué diga:  
o tú te sueñas condesa,  
o que eres del rey amiga.

BELICA: De que sea sueño me pesa.  
Inés, no me des pasión  
con tanta reprehensión;  
déjame seguir mi estrella.

INÉS: Confiada en que eres bella,  
tienes tanta presunción.  
Pues mira que la hermosura  
que no tiene calidad,  
raras veces aventura.

BELICA: Confírmase esa verdad  
muy bien con mi desventura.  
¡Oh cruda suerte inhumana!  
¿Por qué a una pobre gitana  
diste ricos pensamientos?

INÉS: Aquél fabrica en los vientos  
que a ver quién es no se allana.  
Huye desas fantasías;  
ven, y el baile aprenderás  
que comenzaste estos días.

BELICA: Inés, tú me acabarás  
con tus extrañas porfías;  
pero engañaste en pensar  
que tengo yo de guardar  
tu gusto cual justa ley,  
y sólo ha de ser el rey  
el que me ha de hacer bailar.

INÉS: Desmanera, Belilla,  
que vengáis al hospital  
no será gran maravilla:  
que hacer de la principal

no es para vuestra costilla.  
 ¡Acomodaos, noramala,  
 a la cocina y la sala,  
 a bailar aquí y allí!  
 BELICA: Aqueso no es para mí.  
 INÉS: ¿Pues qué? ¿El donaire y la gala,  
 el rumbo, el cer del tuzón,  
 derribando por el zuelo  
 el gitanezco blazón,  
 levantado hasta el cielo  
 por nuestra honezta intención?  
 Antes te vea yo comida  
 de rabia, y antes rendida  
 a un gitano que te dome,  
 o a un verdugo que te tome  
 de las espaldas medida.  
 ¿Esto por ti se ha de ver?  
 ¿Que no sea con gitano  
 gitana, mala mujer?  
 Chico hoyo hagas temprano,  
 si es que tan mala has de ser.  
 BELICA: Mucho te alargas, Inés,  
 y, como simple, no ves  
 dónde mi intención camina.  
 INÉS: Pues esta simple adivina  
 lo que tú verás después.

*Sal en PEDRO y MALDONADO*

MALDONADO: Ésta que ves, Pedro hermano,  
 es la gitana que digo,  
 de parecer sobrehumano,  
 cuya posesión me obligo  
 de entregártela en la mano.  
 Acaba, muda de traje,  
 y aprende nuestro lenguaje;  
 y, aun sin aprenderle, entiendo  
 que has de ser gitano, siendo  
 cabeza de tu linaje.  
 INÉS: ¡Danoz una limoznica,  
 caballero atán garrido!  
 MALDONADO: ¡Deso el labrador se pica!  
 ¡Qué mal que le has conocido,  
 Inés!  
 INÉS: Pide tú, Belica.  
 PEDRO: Si ella pide, no habrá cosa,  
 por grande y dificultosa  
 que sea, que yo no haga,  
 sin esperar otra paga  
 que el servir a una hermosa.  
 MALDONADO: ¿No le rezpondes, ceñora?  
 INÉS: Ceñor conde, vez do viene  
 la viuda tan guardadora,  
 que, puesto que mucho tiene,  
 máz guarda y máz atezora.

*[Sale] una VIUDA labradora, que la lleva un ESCUDERO labrador  
 de la mano*

INÉS: Limozna, ceñora mía,  
 por la bendita María  
 y por zu Hijo bendito.  
 VIUDA: De mí nunca lleva el grito  
 limosna, ni la porfía.  
 Mejor estará el servir  
 a vosotras, que os está

ESCUDERO: tan sin vergüenza el pedir.  
Va el mundo de suerte ya,  
que no se puede sufrir.  
Es vagamunda esta era;  
no hay moza que servir quiera,  
ni mozo que por su yerro  
no se ande a la flor del berro:  
él sandio, y ella altanera.  
Y esta gente infrutuosa,  
siempre atenta a mil malicias,  
doblada, astuta y mañosa,  
ni a la Iglesia da primicias,  
ni al rey no le sube en cosa.  
A la sombra de herreros  
usan muchos desafueros,  
y, con perdón sea mentado,  
no hay seguro asno en el prado  
de los gitanos cuatreros.

VIUDA: Dejados, y caminad,  
Llorente, que es algo tarde.

*[Vanse el ESCUDERO], Llorente y la VIUDA*

BELICA: Tómame esa caridad.  
No hagáis sino hacer alarde  
de vuestra necesidad  
de[l]ante de aquesta gente,  
que no faltará un Llorente  
como otro Gil que os persiga,  
y, sin que os dé nada, diga  
palabras con que os afrente.

MALDONADO: ¿Veisla, Pedro? Pues es fama  
que tiene diez mil ducados  
junto a los pies de su cama,  
en dos cofres barreados  
a quien sus ángeles llama.

Requíébrase así con ellos,  
que pone su gloria en ellos,  
y así, en vellos se desalma:  
que han de ser para su alma  
lo que a Absalón sus cabellos.

Sólo a un ciego da un real  
cada mes, porque le reza  
las mañanas a su umbral  
oraciones que endereza  
al eterno tribunal,

por si acaso sus parientes,  
su marido y ascendientes  
están en el purgatorio,  
haga el santo consistorio  
de su gloria merecientes;

y con sola esta obra piensa  
irse al cielo de rondón,  
sin desmán y sin ofensa.

PEDRO: Que yo la saque de [h]arón  
mi agudo ingenio dispensa.

Informarte has, Maldonado,  
de todos los que han pasado  
de este mundo sus parientes,  
amigos y bien querientes,  
hasta el siervo o paniaguado,  
y tráemelo por escrito,  
y verás cuán fácilmente  
de su miseria la quito;  
y, a lo que soy suficiente,  
a este embuste lo remito.

MALDONADO: Desde su tercer abuelo

hasta el postrer netezuelo  
que de su linaje ha muerto,  
te trairé el número cierto,  
sin que te discrepe un pelo.

PEDRO:               Vamos, y verás después  
lo que haré en aqueste caso  
por el común interés.

MALDONADO:       ¿Dó encaminarás el paso,  
Belica?

BELICA:             Do querrá Inés.

PEDRO:             Doquiera que le encamines,  
tendrá por honrosos fines  
tu extremado pensamiento.

BELICA:             Aunque fabrique en el viento,  
Pedro, no te determines  
a burlar de mi deseo,  
que de lejos se me muestra  
una esperanza en quien veo  
cierta luz tal, que me adiestra  
y lleva al bien que deseo.

PEDRO:             De tu rara hermosura  
se puede esperar ventura  
que la iguale. Ven, gitana,  
por quien nuestra edad se ufana  
y en sus glorias se asegura.

## FIN DE LA PRIMERA JORNADA

---

---

## JORNADA SEGUNDA

---

*Salen un ALGUACIL, y Martín CRESPO, el alcalde, y SANCHO Macho, el regidor*

[CRESPO]: Digo, señor alguacil,  
que un mozo que se me fue,  
de ingenio agudo y sutil,  
de tronchos de coles sé  
que hiciera invenciones mil;  
y él me aconsejó que hiciese,  
si por dicha el rey pidiese  
danzas, una de tal modo,  
que se aventajase en todo  
a la que más linda fuese.  
Dijo que el llevar doncellas  
era una cosa cansada,  
y que el rey no gusta dellas,  
por ser danza muy usada  
y estar ya tan hecho a vellas;  
mas que por nuevos niveles  
llevase una de donceles  
como serranas vestidos;  
en pies y brazos ceñidos  
multitud de cascabeles;  
y ya tengo, a lo que creo,  
veinte y cuatro así aprestados,  
que pueden, según yo veo,  
ser sin vergüenza llevados  
al romano coliseo.  
Ya yo le enseñé los dos  
de los mejores.

ALGUACIL: Por Dios,  
que la invención es muy buena.

SANCHO: Lo que nuestro alcalde ordena,  
es cosa rala entre nos,  
y todo lo que él más sabe  
de un su mozo lo aprendió  
que fue de su ingenio llave;  
mas ya se fue y nos dejó,  
que mala landre le acabe:  
que así quedamos vacíos,  
sin él, de ingenio y de bríos.

ALGUACIL: ¿Tanto sabe?

SANCHO: Es tan astuto,  
que puede darle tributo  
Salmón, rey de los judíos.

[CRESPO]: Haga cuenta, en viendo aquéstos,  
que los veinte y cuatro mira:  
que todos son tan dispuestos,  
derechos como una vira,  
sanos, gallardos y prestos.  
Aquél que no es nada renco  
se llama Diego Mostrenco;  
el otro, Gil el Peraile;  
cada cual diestro en el baile  
como gozquejo flamenco.  
Tocándoles Pingarrón,  
mostrarán bien su destreza  
a compás de cualquier son,  
y alabarán la agudeza  
de nuestra nueva invención.

Las danzas de las espadas  
hoy quedarán arrimadas,  
a despecho de hortelanos,  
envidiosos los gitanos,  
las doncellas afrentadas.

¿No le pareció, señor,  
muy bien el talle y el brío  
de uno y otro danzador?

ALGUACIL: Si juzgo al parecer mío,  
nunca vi cosa peor;

y temo que, si allá vais,  
de tal manera volváis,  
que no acertéis el camino.

[CRESPO]: Tocado, a lo que imagino,  
señor, de la envi[d]la estáis.

Pues en verdad que hemos de ir  
con veinte y cuatro donceles  
como aquéllos, sin mentir,  
porque invenciones noveles,  
o admiran o hacen reír.

ALGUACIL: Yo os lo aviso; queda en paz.

*Vase el ALGUACIL*

SANCHO: Alcalde, tu gusto haz,  
porque verás por la prueba  
que esta danza, por ser nueva,  
dará al rey mucho solaz.

[CRESPO]: No lo dudo. Venid, Sancho,  
que ya el corazón ensancho,  
do quepan los parabienes  
de la danza.

SANCHO: Razón tienes:  
que has de volver hueco y ancho.

*[Vanse]. Salen dos CIEGOS, y el uno PEDRO de Urdemal as; arrímase  
el primero a una puerta, y PEDRO junto a él, y pónese la VIUDA  
a la ventana*

CIEGO: Ánimas bien fortunadas  
que en el purgatorio estáis,  
de Dios seáis consoladas,  
y en breve tiempo salgáis  
desas penas derramadas,  
y, como un trueno,  
baje a vos el ángel bueno  
y os lleve a ser coronadas.

PEDRO: Ánimas que desta casa  
partistes al purgatorio,  
ya en sillón, ya en silla rasa,  
del divino consistorio  
os venga al vuestro sin tasa,  
y en un vuelo  
el ángel os lleve al cielo,  
para ver lo que allá pasa.

CIEGO: Hermano, vaya a otra puerta,  
porque aquesta casa es mía,  
y en rezar aquí no acierta.

PEDRO: Yo rezo por cortesía,  
no por premio, cosa es cierta,  
y así, puedo  
rezar doquiera, sin miedo  
de pendencia ni reyerta.

CIEGO: ¿Es vistoso, ciego honrado?

PEDRO: Estoy desde que nací  
en una tumba encerrado.



CIEGO: Pues yo en algún tiempo vi;  
pero ya, por mi pecado,  
nada veo,  
sino lo que no deseo,  
que es lo que vee un desdichado.

¿Sabrá oraciones abondo?  
PEDRO: Porque sé que sé infinitas,  
aquesto, amigo, os respondo,  
que a todos las doy escritas,  
o a muy pocos las escondo.  
.....  
.....[-ondo].

Sé la del *Ánima* sola,  
y sé la de San *Pancracio*,  
que nadie cual ésta viola;  
la de San *Quirce* y *Acacio*,  
y la de *Olalla* española,  
y otras mil,  
adonde el verso sutil  
y el bien decir se acrisola;  
las de los *Auxiliadores*  
sé también, aunque son treinta,  
y otras de tales primores,  
que causo envidia y afrenta  
a todos los rezadores,  
porque soy,  
adondequiera que estoy,  
el mejor de los mejores.

Sé la de los *sabañones*,  
la de curar la *tericia*  
y resolver *lamparones*,  
la de templar la *codicia*  
en avaros corazones;  
sé, en efeto,  
una que sana el aprieto  
de las internas pasiones,  
y otras de curiosidad.  
Tantas sé, que yo me admiro  
de su virtud y bondad.

CIEGO: Ya por saberlas suspiro.

VIUDA: Hermano mío, esperad.

PEDRO: ¿Quién me llama?

CIEGO: Según la voz, es el ama  
de la casa, en mi verdad.

Ella es estrecha, aunque rica,  
y sólo a mandar rezar  
es a lo que más se aplica.

PEDRO: Pícome yo de callar  
con quien al dar no se pica:  
que esté mudo  
a sus demandas no dudo  
si no lo paga y suplica.

*Sal e l a VIUDA*

VIUDA: Puesta en aquella ventana,  
he escuchado sus razones  
y su profesión cristiana,  
y las muchas oraciones  
con que tantos males sana;  
y querría me hiciese  
placer que algunas me diese  
de las que le pediría,  
dejando a mi cortesía  
el valor del interese.

PEDRO: Si despide a esotro ciego,

yo le diré maravillas.  
VIUDA: Pues yo le despido luego.  
PEDRO: Señora, no he de decillas  
ni por dádivas ni ruego.  
VIUDA: Váyase, y venga después,  
amigo.  
CIEGO: Vendré a las tres,  
a rezar lo cotidiano.  
VIUDA: En buen hora.  
CIEGO: Adiós, hermano,  
ciego, o vistoso, o lo que es;  
y si es que se comunica,  
sepa mi casa, y verá  
que, aunque pobre, ruin y chica,  
sin duda en ella hallará  
una voluntad muy rica;  
y la alegre posesión  
de un segoviano doblón  
gozará liberalmente,  
si nos da, de su torrente,  
ya milagro, o ya oración.  
PEDRO: Está bien; yo acudiré  
a saber la casa honrada  
tan llena de amor y fe,  
y pagaré la posada  
con lo que le enseñaré.  
Cuarenta milagros tengo  
con que voy y con que vengo  
por dondequiera a mi paso,  
y alegre la vida paso  
y como un rey me mantengo.

*[Vase] el CIEGO*

Mas tú, señora Marina,  
Sánchez en el sobrenombre,  
a mi voz la oreja inclina,  
y atenta escucha de un hombre  
una embajada divina.

Las almas de purgatorio  
entraron en consistorio,  
y ordenaron las prudentes  
que les fuese a sus parientes  
su insufrible mal notorio.

Hicieron que una tomase,  
de gran prudencia y consejo,  
para que lo efetuase,  
cuerpo de un honrado viejo,  
y así al mundo se mostrase,  
y diéranle una instrucción

y una larga relación  
de lo que tiene de hacer  
para que puedan tener,  
o ya alivio, o ya perdón;  
y está ya cerca de aquí  
esta alma, en un cuerpo honesto,  
y anciano, cual yo le vi,  
y sobre un asno trae puesto  
el cerro de Potosí.

Viene lleno de doblones  
que le ofrecen a montones  
los parientes de las almas  
que en las tormentas sin calma[s]  
padecen graves pasiones.

En oyendo que en su lista  
hay alma que en purgatorio  
con duras penas se atrista,

no hay talego, ni escritorio,  
ni cofre que se resista.

Hasta los gatos guardados,  
de rubio metal preñados,  
por librarla de tormentos,  
descubren allí contentos  
sus partos acelerados.

Esta alma vendrá esta tarde,  
señora Marina mía,  
a hacer de su lista alarde  
ante ti; pero querría  
que en secreto esto se guarde,  
y que a solas la recibas  
y que a darle te apercibas  
lo que piden tus parientes  
que moran en las ardientes  
hornazas, de alivio esquivas.

Esto hecho, te asegura  
que te enseñará oración  
con que aumentes tu ventura:  
que esto ofrece en galardón  
de aquella voluntad pura  
que con él se muestra franca,  
y de su escondrijo arranca  
hasta el menudo cuatrín  
y queda, cual San Paulín,  
como se dice, sin blanca.

VIUDA:               ¿Que esa embajada me envía  
esa alma, ciego bendito?

PEDRO:               Y toda de vos se fía,  
y se remite a lo escrito  
de vuestra genealogía.

VIUDA:               ¿Cómo la conoceré  
cuando venga?

PEDRO:               Yo haré  
que tome casi mi aspeto.

VIUDA:               ¡Oh, qué albricias te prometo!  
¡Qué de cosas te daré!

PEDRO:               En las cosas semejantes  
es bien gastar los dineros  
guardados de tiempos antes;  
los ayunos verdaderos,  
y espaldas diciplinantes,  
todo se ha de aventurar  
sólo por poder sacar  
a un alma de su pasión,  
y llevarla a la región  
donde no mora el pesar.

VIUDA:               Ve en paz, y dile a ese anciano  
que tan alegre le espero,  
que en verle pondré en su mano  
mi alma, que es el dinero,  
con pecho humilde y cristiano:  
que, aunque soy un poco escasa,  
me afligiré en ver que pasa  
alma de pariente mío,  
según dicen, fuego y frío,  
éste o aquél muy sin tasa.

PEDRO:               Tu fama a la de Leandro  
exceda, y jamás se tizne  
tu pecho de otro Alejandro;  
antes, cante dél un cisne  
en las aguas de Meandro;  
a los hiperbóreos montes  
pase, al cielo te remontes,  
y allá te subas con ella,  
y otra no encierren cual ella  
nuestros corvos horizontes.

[Vanse] Los dos. Salen MALDONADO y BELICA

MALDONADO: Mira, Belica: éste es hombre  
que te sacará del lodo,  
de grande ingenio y gran nombre,  
tan discreto y presto en todo,  
que es forzoso que te asombre.  
Quiérese volver gitano  
por tu amor, y dar de mano  
a otra cualquier pretensión:  
considera si es razón  
que le muestres pecho llano.  
Él será el mejor cuatrero,  
según que me lo imagino,  
que habrá visto el mundo entero,  
solo, raro y peregrino  
en las trazas de embustero;  
porque en una que ahora intenta  
ha sacado en limpia cuenta  
que ha de ser único en todas.

BELICA: Fácilmente te acomodas  
a tu gusto y a mi afrenta.  
¿No se te ha ya traslucido  
que el que a grande no me lleve  
no es para mí buen partido?

MALDONADO: No hay cosa en que más se pruebe  
que careces de sentido,  
que en esa tu fantasía,  
fundada en la lozanía  
de tu juventud gallarda,  
que en marchitarse no tarda  
lo que el sol corre en un día.  
Quiero decir que es locura  
manifiesta, clara y llana,  
pensar que la hermosura  
dura más que la mañana,  
que con la noche se oscura;  
y a veces es necedad  
el pensar que la beldad  
ha de ofrecer gran marido,  
siendo por mejor tenido  
el que ofrece la igualdad.  
Así que, gitana loca,  
pon freno al grande deseo  
que te ensalza y que te apoca,  
y no busques por rodeo  
lo que en nada no te toca.  
Cásate, y toma tu igual,  
porque es el marido tal  
que te ofrezco, que has de ver  
que en él te vengo a ofrecer  
valor, ser, honra y caudal.

[Sale] PEDRO, ya como gitano

PEDRO: ¿Qué hay, amigo Maldonado?  
MALDONADO: Una presunción, de suerte  
que a mí me tiene admirado:  
veo en lo flaco lo fuerte,  
en un bajo un alto estado;  
veo que esta gitanilla,  
cuanto su estado la humilla,  
tanto más levanta el vuelo,  
y aspira a tocar el cielo  
con locura y maravilla.

PEDRO: Déjala, que muy bien hace,  
y no la estimes en menos  
por eso: que a mí me aplace  
que con soberbios barrenos  
sus máquinas suba y trace.  
Yo también, que soy un leño,  
príncipe y papa me sueño,  
emperador y monarca,  
y aún mi fantasía abarca  
de todo el mundo a ser dueño.

MALDONADO: Con la viuda, ¿cómo fue?  
PEDRO: Está en un punto la cosa,  
mejor de lo que pensé.  
Ella será generosa,  
o yo Pedro no seré.

MALDONADO: Pero, ¿qué gente es aquesta  
tan de caza y tan de fiesta?  
EL REY es, a lo que creo.  
BELICA: Hoy subirá mi deseo  
de amor la fragosa cuesta:

*[Sale] el REY con un criado, SILERIO, y todos de caza*

hoy a todo mi contento  
he de apacentar mis ojos,  
y al alma dar su sustento,  
gozando de los despojos  
que me ofrece el pensamiento  
y la vista.

MALDONADO: Yo imagino  
que tu grande desatino  
en gran mal ha de parar.

BELICA: Mal se puede contrastar  
a las fuerzas del destino.

REY: ¿Vistes pasar por aquí  
un ciervo, decid, gitanos,  
que va herido?

BELICA: Señor, sí;  
atravesar estos llanos,  
habrá poco que le vi;  
lleva en la espalda derecha  
hincada una gruesa flecha.

REY: Era un pedazo de lanza.

BELICA: El huir y hacer mudanza  
de lugares no aprovecha  
al que en las entrañas lleva  
el hierro de amor agudo,  
que hasta en el alma se ceba.

MALDONADO: Ésta dará, no lo dudo,  
de su locura aquí prueba.

REY: ¿Qué decís, gitana hermosa?

BELICA: Señor, yo digo una cosa:  
que el Amor y el cazador  
siguen un mismo tenor  
y condición rigurosa.

Hiere el cazador la fiera,  
y, aunque va despavorida,  
huyendo en larga carrera,  
consigo lleva la herida,  
puesto que huya dondequiera;  
hiere Amor el corazón  
con el dorado harpón,  
y el que siente el parasismo,  
aunque salga de sí mismo,  
lleva tras sí su pasión.

REY: Gitana tan entendida  
muy pocas veces se ve.

BELICA: Soy gitana bien nacida.  
REY: ¿Quién es tu padre?  
BELICA: No sé.  
MALDONADO: Señor, es una perdida:  
dice dos mil desvaríos,  
tiene los cascotes vacíos,  
y llena la necesidad  
de una cierta gravedad  
que la hace tomar bríos  
sobre su ser.

BELICA: Sea en buen hora;  
loca soy por la locura  
que en vuestra ignorancia mora.

SILERIO: ¿Sabéis la buenaventura?  
BELICA: La mala nunca se ignora  
de la humilde que levanta  
su deseo a alteza tanta,  
que sobrepuja a las nubes.

SILERIO: Pues, ¿por qué tanto la subes?  
BELICA: No es mucho: a más se adelanta.  
REY: ¡Donaire tienes!  
BELICA: Y tanto,  
que, fiada en mi donaire,  
mis esperanzas levanto  
sobre la región del aire.

SILERIO: ¡Risa causas!  
REY: Y aun espanto.  
¡Vamos! ¡Mal haya quien tiene  
quien sus gustos le detiene!

SILERIO: Por la reina dice aquesto.  
BELICA: No es bien el que viene presto,  
si para partirse viene.

*[Vanse] el REY y SILERIO*

PEDRO: Mira, Belica: yo atino  
que en poner en ti mi amor  
haré un grande desatino,  
y así, me será mejor  
llevar por otro camino  
mis gustos. Voy, Maldonado,  
a efectuar lo trazado,  
para que la viuda estrecha  
se vea una copia hecha  
del cuerno que está nombrado;  
voime a vestir de ermitaño,  
con cuyo vestido honesto  
daré fuerzas a mi engaño.

MALDONADO: Ve donde sabes, que puesto  
te dejé el vestido extraño.

*[Vase] PEDRO. Sale el ALGUACIL, comisario de las danzas*

ALGUACIL: ¿Quién es aquí Maldonado?  
MALDONADO: Yo, mi señor.  
ALGUACIL: Guárdeos Dios.  
BELICA: Alguacil y bien criado,  
¡milagro! Nunca sois vos  
de la aldea.

MALDONADO: Has acertado,  
porque es de Corte, sin duda.

ALGUACIL: Es menester que se acuda  
con una danza al palacio  
del bosque.

MALDONADO: Dénnos espacio.

ALGUACIL: Sí harán: que el rey se muda  
del monesterio do está,  
de aquí a dos días, a él.

MALDONADO: Como lo mandas se hará.

BELICA: ¿Viene la reina con él?

ALGUACIL: ¿Quién lo duda? Sí vendrá.

BELICA: ¿Y es todavía celosa,  
como suele, y rigurosa?

ALGUACIL: Dicen que sí: no sé nada.

BELICA: ¿No la hacen confiada  
el ser reina y ser hermosa?

ALGUACIL: Turba el demasiado amor  
a los sentidos más altos,  
de más prendas y valor.

BELICA: A Amor son los sobresaltos  
muy anejos, y el temor.

ALGUACIL: Tan moza, ¿y eso sabéis?  
Apostaré que tenéis  
el alma en su red envuelta.  
Voime, que he de dar la vuelta  
por aquí. No os descuidéis,  
Maldonado, en que sea buena  
la danza, porque no hay pueblo  
que hacer la suya no ordena.

MALDONADO: Todo mi aprisco despueblo;  
ella irá de galas llena.

*[Vase] el ALGUACIL. Salen SILERIO, el criado del rey, [e] INÉS, la gitana*

SILERIO: ¿Que tan arisca es la moza?

INÉS: Eslo, señor, de manera  
que de nonada se altera,  
y se enoja y alborozá;  
cierta fantasía reina  
en ella, que nos enseña,  
o que lo es, o que se sueña  
que ha de ser princesa o reina;  
no puede ver a gitanos  
y usa con ellos de extremos.

SILERIO: Pues agora le daremos  
do pueda llenar las manos,  
pues la quiere ver el rey  
con amorosa intención.

INÉS: En las leyes de afición  
no guarda ninguna ley.  
Aunque quizá, como es alta  
y subida en pensamientos,  
hallará que a sus intentos  
un rey no podrá hacer falta.  
Yo, a lo menos, de mi parte  
haré lo que me has mandado,  
y le daré tu recado,  
no más de por contentarte.

SILERIO: Pudiérase usar la fuerza  
antes aquí que no el ruego.

INÉS: Gusto con desasosiego,  
antes mengua que se esfuerza.  
Mas llevaremos la danza,  
y hablarémonos después;  
que la escala de interés  
hasta las nubes alcanza.

SILERIO: Encomiéndote otra cosa,  
que importa más a este efeto.

INÉS: ¿Qué encomiendas?

SILERIO: El secreto;  
porque es la reina celosa;

y con la menor señal  
que vea de su disgusto,  
turbará del rey el gusto,  
y a nosotros vendrá mal.

INÉS: Váyase, que viene allí  
nuestr[o] conde.

SILERIO: Sea en buen hora,  
y humíllese esa señora;  
yo haré lo que fuere en mí.

*Vase SILERIO. Entran MALDONADO y PEDRO, de  
ermi taño*

PEDRO: Aunque yo pintara el caso,  
no me saliera mejor.

MALDONADO: Brunelo, el grande embaidor,  
ante ti retire el paso.

Con tan grande industria mides  
lo que tu ingenio trabaja,  
que te ha de dar la ventaja,  
fraudador de los ardides.

Libre de deshonna y mengua  
saldrás en toda ocasión,  
siendo en el pecho Sinón,  
Demóstenes en la lengua.

INÉS: Señor conde, el rey aguarda  
nuestra danza aquesta tarde.

PEDRO: Haga, pues, Belica alarde  
de mi rica y buena andanza;  
púlase y échese el resto  
de la gala y hermosura.

INÉS: Quizá forjas su ventura,  
famoso Pedro, en [al]questo.

A ensayar la danza vamos,  
y a vestirnos de tal modo,  
que se admire el pueblo todo.

PEDRO: Bien dices, y ya tardamos.

*[Vanse] todos. Salen el REY y SILERIO*

SILERIO: Digo, señor, que vendrá  
en la danza ahora, ahora.

REY: Mi deseo se empeora,  
pasa de lo honesto ya;  
más me pide que pensé,  
y ya acuso la tardanza,  
pues la propincua esperanza  
fatiga, y crece la fe.

A los ojos la hurtarás  
de la reina.

SILERIO: Haré tu gusto.

REY: Dirás cómo desto gusto,  
y aun otras cosas dirás,  
con que acuses mi deseo  
allá en tu imaginación.

SILERIO: Si Amor guardara razón,  
fuera aquéste devaneo;  
pero, como no la guarda,  
ni te culpo, ni desculpo.

REY: Conozco el mal, y me culpo,  
aunque con disculpa tarda  
y floja.

SILERIO: La reina viene.

REY: Mira que estés prevenido,  
y tan sagaz y advertido  
como a mi gusto conviene;



SILERIO:                    porque esta mujer celosa  
                              tiene de lince los ojos.  
                              Hoy gozarás los despojos  
                              de la gitana hermosa.

*[Sale] la REINA*

REINA:                    Señor, ¿sin mí? ¿Cómo es esto?  
                              No sé qué diga, en verdad.

REY:                        Alegra la soledad  
                              de este fresco hermoso puesto.

REINA:                    ¿Y enfada mi compañía?

REY:                        Eso no es bien que digáis,  
                              pues con ella levantáis  
                              al cielo la suerte mía.

REINA:                    Cualquiera cosa me asombra  
                              y enciende, y crece el deseo  
                              si no os veo, o si no veo  
                              de vuestro cuerpo la sombra;  
                              y, aunque esto es impertinencia,  
                              si conocéis que el amor  
                              me manda como señor,  
                              con gusto tendréis paciencia.

SILERIO:                    Las danzas vienen, señores,  
                              que dellas el son se ofrece.

*Suena el tamboril*

REY:                        Verémoslas, si os parece,  
                              entre estas rosas y flores:  
                              que el sitio es acomodado,  
                              espacioso y agradable.

REINA:                    Sea así.

*[Salen] CRESPO, el alcalde, y TARUGO, el regidor*

[CRESPO]:                    ¿Que no le hable?  
                              Tenéislo muy mal pensado.  
                              Voto a tal, que he de quejarme  
                              al rey de aquesta solencia.

TARUGO:                    Aquí está su reverencia,  
                              Crespo.

[CRESPO]:                    ¿Queréis engañarme?  
                              ¿Cuál es?

REY:                        Yo soy. ¿Qué os han hecho,  
                              buen hombre?

[CRESPO]:                    No sé qué diga.  
                              Han burlado mi fatiga,  
                              y nuestra danza deshecho,  
                              vuestrs pajes, que los vea  
                              erguidos en Peralvillo.  
                              Sé sentillo, y no decillo;  
                              ¿qué más mal queréis que sea?  
                              Veinte y cuatro doncellotes,  
                              todos de tomo y de lomo,  
                              venían. Yo no sé cómo  
                              no os da el rey dos mil azotes,  
                              pajes, que sois la canalla  
                              más mala que tiene el suelo.  
                              Digo, pues, que, con mi celo,  
                              que es bueno el que en mí se halla,  
                              aquestos tantos donceles  
                              junté, como soy alcalde,  
                              para serviros de balde,  
                              con barbas y cascabeles.

No quise traer doncellas,  
por ser danza tan usada,  
sino una cascabelada  
de mozos parientes dellas;  
y, apenas vieron sus trajes,  
al galán uso moderno,  
cuando todo el mismo infierno  
se revistió en vuestros pajes,  
y con trapajo y con lodo  
tanta carga les han dado,  
que queda desbaratado  
el danzante escuadrón todo.

Han sobajado al mejor  
penuscón de danzadores  
que en estos alrededores  
vio príncipe ni señor.

REINA: Pues volvedlos a juntar,  
que yo haré que el rey espere.

TARUGO: Aunque vuelva el que quisiere,  
no se podrá rodear,  
porque van todos molidos  
como cibera y alheña,  
de mojicón, ripio y leña  
largamente proveídos.

REINA: ¿No traeréis uno siquiera,  
porque gustaré de velle?

TARUGO: Veré si puedo traelle.  
[CRESP0]: Advertid que el rey espera,

Tarugo, y si no está Renco  
tan malo como le vi,  
traed, si es posible, aquí  
a mi sobrino Mostrenco,  
que en él echará de verse  
cuáles los otros serían.  
¡Oh, cuántos pajes se crían  
en Corte para perderse!

Pensé que por ser del rey,  
y tan bien nacidos todos,  
usarían de otros modos  
de mejor crianza y ley;  
pero cuatro pupilajes  
de cuatro universidades,  
no encierran tantas ruindades  
como saben vuestros pajes.

Las burlas que nos han hecho  
descubren con sus ensayos  
que traen cruces en los sayos  
y diablos dentro del pecho.

*Vuelve TARUGO, y trae consigo a MOSTRENCO, tocado a papos, con un tranzado que llegue hasta las orejas, saya de bayeta verde guarnecida de amarillo, corta a la rodilla, y sus polainas con cascabels, corpezuelo o camisa de pechos; y, aunque toque el tamboril, no se ha de mover de un lugar*

TARUGO: A Mostrenco traigo; helo,  
Crespo.

[CRESP0]: Pingarrón, tocad;  
que la buena majestad  
en él verá nuestro celo

*Toca*

y nuestro ingenio lozano.  
Menéate, majadero,  
o hazte de rogar primero,  
como músico o villano.



MALDONADO: Id delantera las dos.  
PEDRO: ¡Ea, Belica, flor de abril;  
Inés, bailadora ilustre,  
que podéis dar fama y lustre  
a esta danza y a otras mil!

*Bailan*

¡Vaya el voladillo apriesa!  
¡No os erréis; guardad compás!  
¡Qué desvaída que vas,  
Francisquilla! ¡Ea, Ginesa!  
MALDONADO: Largo y tendido el cruzado,  
y tomen los brazos vuelo.  
Si ésta no es danza del cielo,  
yo soy asno enalbardado.  
PEDRO: ¡Ea, pizpitas ligeras  
y andarríos bulliciosos,  
llevad los brazos airosos  
y las personas enteras!  
MALDONADO: El oído en las guitarras,  
y haced de azogue los pies.  
PEDRO: ¡Por San; buenas van las tres!  
MALDONADO: Y aun las cuatro no van malas.  
Pero Belica es extremo  
de donaire, brío y gala.  
PEDRO: Como no bailan en sala,  
que tropiecen cuido y temo.

Cae Belica junto al rey.  
¿No lo digo yo? Belilla  
ha caído junto al rey.  
REY: Que os alce yo es justa ley,  
nueva octava maravilla;

y entended que con la mano  
os doy el alma también.  
REINA: Ello se ha hecho muy bien;  
andado ha el rey cortesano.  
¡Bien su majestad lo allana,  
y la postra por el suelo,  
pues levanta hasta su cielo  
una caída gitana!

BELICA: Mostró en esto su grandeza,  
pues casi fuera impiedad  
que junto a su majestad  
nadie estuviera en bajeza;  
y no se pudo ofender  
su grandeza en esto en nada,  
pues majestad confirmada  
no puede desfallecer;  
y, en cierta manera, creo  
que cabe en la suerte mía  
que me hagan cortesía  
los reyes.

REINA: Ya yo lo veo.  
¿Que ese privilegio tiene  
la hermosura?

REY: ¡Ea, señora,  
no turbéis la justa ahora,  
porque alegre y entretiene!

REINA: Apriétanme el corazón  
esas palabras livianas.  
Llevad aquestas gitanas  
y ponedlas en prisión:  
que es la belleza tirana,  
y a cualquier alma conquista,

REY: y está su fuerza en ser vista.  
¿Celos te da una gitana?  
Cierto que es terrible cosa  
e insufrible de decir.

REINA: Pudiérase eso decir,  
a no ser ésta hermosa,  
y a ser vuestra condición  
de rey; pero no es así.  
Llevádmelas ya de ahí.

SILERIO: ¡Extraña resolución!

INÉS: Señora, así el pensamiento  
celoso no te fatigue,  
ni hacer hazañas te obligue  
que no lleven fundamento.  
Que a solas quieras oírme  
un poco que te diré,  
y en ello no intentaré  
de tu prisión eximirme.

REINA: A mi estancia las llevad;  
pero traedlas tras mí.

*[Vanse] la REINA y las gitanas*

REY: Pocas veces celos vi  
sin tocar en crueldad.

SILERIO: Una sospecha me afana,  
señor, por lo que aquí veo,  
y es que di de tu deseo  
noticia a aquella gitana  
que a la reina quiere hablar  
en secreto, y es razón  
temer que de tu intención  
larga cuenta querrá dar.

REY: En mi dolor tan acerbo,  
no me queda qué temer,  
pues no puede negro ser  
más que sus alas el cuervo.  
Venid, y daremos orden  
cómo se tiemple en la reina  
la furia que en ella reina,  
la confusión y desorden.

*[Vanse] el REY y SILERIO*

PEDRO: ¡Bien habemos negociado,  
gustando vos del oficio!

MALDONADO: Digo que pierdo el juicio,  
y estoy como embelesado.  
Belica presa, e Inés  
con la reina quiere hablar.  
¡Mucho me da que pensar!  
Y aun que temer.

PEDRO: Así es.

MALDONADO: Yo, a lo menos, el suceso  
no pienso esperar del caso:  
que a compás retiro el paso  
del gitanesco progreso.  
Un bonete reverendo  
y el eclesiástico brazo  
sacarán deste embarazo  
mi persona, a lo que entiendo.  
¡Adiós, Maldonado!

MALDONADO: Espera.  
¿Qué quieres hacer?

PEDRO: No, nada;

la suerte tengo ya echada,  
y tengo sangre ligera.

MALDONADO: No me detendrán aquí  
con maromas y con sogas.  
En muy poca agua te ahogas.  
Nunca pensé tal de ti;  
antes, pensé que tenías  
ánimo para esperar  
un ejército.

PEDRO: Es hablar:  
otras son las fuerzas mías.  
Aún no me has bien conocido;  
pues entiende, Maldonado,  
que ha de ser el hombre honrado  
recatado, y no atrevido;  
y es prudencia prevenir  
el peligro. Queda en paz.

MALDONADO: Sin porqué temes; mas haz  
tu gusto.

PEDRO: Yo sé decir  
que es razón que aquí se tema:  
que las iras de los reyes  
pasan términos y leyes,  
como es su fuerza suprema.

MALDONADO: Si así es, vámonos luego,  
que nos estará mejor.

MÚSICOS: Todos tenemos temor,  
Maldonado.

MALDONADO: No lo niego.

*[Vanse] todos*

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

---

---

# JORNADA TERCERA

---

*Sal e PEDRO, como ermitaño, con tres o cuatro taleguillos de anjeo llenos de arena en las mangas*

PEDRO: Ya está la casa vecina  
de aquella viuda dichosa,  
digo de aquella Marina  
Sánchez, que, por generosa,  
al cielo el alma encamina.

*[Sale la VIUDA] Marina, a la ventana*

Ya su marido, Vicente  
del Berrocal, fácilmente  
saldrá de la llama horrenda,  
en cuanto Marina entienda  
que yace en ella doliente;  
su hijo, Pedro Benito,  
amainará desde luego  
el alto espantoso grito  
con que se queja en el fuego  
que abrasa el negro distrito;  
dejará de estar mohíno  
Martinico, su sobrino,  
el del lunar en la cara,  
viendo que se le prepara  
de la gloria el real camino.

VIUDA: Padre, espere, que ya abajo,  
y perdone si le doy  
en el esperar trabajo.

*Quítase de la ventana y baja*

PEDRO: Gracias a los cielos doy,  
que me luce si trabajo;  
gracias doy a quien me ha hecho  
entrar en aqueste estrecho,  
donde, sin temor de mengua,  
me ha de sacar esta lengua  
con honra, gusto y provecho.  
Memoria, no desfallezcas,  
ni por algún accidente  
silencio a la lengua ofrezcas;  
antes, con modo prudente,  
ya me alegres, ya entristezcas,  
en los semblantes me muda  
que con aquesta viuda  
me acrediten, hasta tanto  
que la dejen, con espanto,  
contenta, pero desnuda.

*[Sale] la VIUDA*

VIUDA: Padre, déme aquesos pies.  
PEDRO: Tente, honrada labradora;  
no me toques. ¿Tú no ves  
que adonde la humildad mora  
pierde el honor su interés?  
Las almas que están en penas,  
de todo contento ajenas,

aunque más las soliciten,  
las ceremonias no admiten  
de que están las cortes llenas.

Más les importa una misa  
que cuatro mil besamanos,  
y esto tu padre te avisa,  
y esos tratos cortesanos  
tenlos por cosa de risa.

Pero, en tanto que te doy  
cuenta, amiga, de quién soy,  
guárdame aqueste talego,  
y estotro del nudo ciego,  
con quien tan cargado voy.

VIUDA: Ya, señor, tengo noticia  
de quién eres, y sé bien  
que tu voluntad codicia  
que en misericordia estén  
las almas y no en justicia.

Sé la honrada comisión  
que tienes, y, en conclusión,  
te suplico que me cuentes  
cómo las de mis parientes  
tendrán descanso y perdón.

PEDRO: Vicente del Berrocal,  
tu marido, con setenta  
escudos de principal  
ha de rematar la cuenta  
en mil bienes de su mal.

PEDRO: Benito, tu hijo,  
saldrá de aquel escondrijo  
con cuarenta y seis no más,  
y con esto le darás  
un sin igual regocijo.

Tu hija, Sancha Redonda,  
pide que a su voluntad  
tu larga mano responda:  
que es sogá la caridad  
para aquella cueva honda.

Cincuenta y dos amarillos  
pide, redondos, sencillos,  
o ya veinte y seis doblados,  
con que serán quebrantados  
de sus prisiones los grillos.

Martín y Quiteria están,  
tus sobrinos, en un pozo,  
padeciendo estrecho afán,  
y desde allí con sollozo  
amargas voces te dan.

Diez doblones de a dos caras  
piden que ofrezca en las aras  
de la devoción divina,  
pues que los tiene Marina  
entre sus cosas más caras.

Sancho Manjón, tu buen tío,  
padece en una laguna  
mucho sed y mucho frío,  
y con llantos te importuna  
que des a su mal desvío.

Solos catorce ducados  
pide, pero bien contados  
y en plata de cuño nuevo,  
y yo a llevarlos me atrevo  
sobre mis hombros cansados.

VIUDA: ¿Vistes allá, por ventura,  
señor, a mi hermana Sancha?

PEDRO: Vila en una sepultura  
cubierta con una plancha  
de bronce, que es cosa dura,  
y al pasarle por encima,



dijo: "Si es que te lastima  
el dolor que aquí te llora,  
tú, que vas al mundo agora,  
a mi hermana y a mi prima  
dirás que en su voluntad  
está el salir destas nieblas  
a la inmensa claridad;  
que es luz de aquestas tinieblas  
la encendida caridad.

Que apenas sabrá mi hermana  
mi pena, cuando esté llana  
a darme treinta florines,  
por poner ella sus fines  
en ser cuerda, y no de lana."

Infinitos otros vi,  
tus parientes y criados,  
que se encomiendan a ti,  
cuáles hay de a dos ducados,  
cuáles de a maravedí;

y séte decir, en suma,  
que, reducidos con pluma  
y con tinta a buena cuenta,  
a docientos y cincuenta  
escudos llega la suma.

No te azores, que ese saco  
que te di a guardar primero,  
si es que bien la cuenta saco,  
me le dio un bodegonero,  
grande imitador de Caco,

no más de porque a su hija,  
que entre rescoldo de hornija  
yace en las hondas cavernas,  
en sus delicadas piernas  
el fuego menos la aflija.

Un mozo de mulas fue  
quien me dio el saco segundo  
que en tus manos entregué,  
gran caminador del mundo,  
malo, mas de buena fe.

De arenas de oro de Tíbar  
van llenos, con que el acíbar  
y amarguísimo trabajo  
de las almas de allá abajo  
se ha de volver en almíbar.

¡Ea, pues, mujer gigante,  
mujer fuerte, mujer buena;  
nada se os ponga delante  
para no aliviar la pena  
de toda ánima penante!

Desechad de la garganta  
ese nudo que os quebranta,  
y decid con voz serena:  
"Haré, señor, cuanto ordena  
tu voz sonora y santa."

Que, en entregando los numos  
en estas groseras manos,  
con gozos altos y sumos,  
sus fuegos más inhumanos  
verás convertir en humos.

¿Qué será ver a deshora  
que por la región del aire  
va un alma zapateadora  
bailando con gran donaire,  
de esclava hecha señora?

¡Qué de alabanzas oirás  
por delante y por detrás,  
ora vayas, ora estés,  
de toda ánima cortés  
a quien hoy libertad das!

*Vuélvel e los sacos*

VIUDA:               Tenga, y un poco me espere,  
que yo voy, y vuelvo luego  
con todo aquello que quiere.

*[Vase] la VIUDA*

PEDRO:              En gusto, en paz y en sosiego  
tu vida el cielo prospere.  
                      Si bien en ello se advierte,  
aquésta es la mujer fuerte  
que se busca en la Escritura.  
Tengas, Marina, ventura  
en la vida y en la muerte.  
                      Belilla, gitana bella,  
todo el fruto deste embuste  
gozarás sin falta o mella,  
aunque tu gusto no guste  
de mi amorosa querella.  
                      Cuanto este dinero alcanza  
se ha de gastar en la danza  
y en tu adorno, porque quiero  
que por galas ni dinero  
no malogres tu esperanza.

*Vuel ve la VIUDA con un gato lleno, como que trae el  
di nero*

VIUDA:               Toma, venerable anciano,  
que ahí va lo que pediste,  
y aun a darte más me allano.

PEDRO:              Marina, el tuyo me diste  
con el proceder cristiano.  
                      En tra[s]poniendo esta loma,  
en un salto daré en Roma  
y en otro en el centro hondo;  
y, porque a quien soy respondo,  
mi buena bendición toma,  
                      que da salud a las muelas,  
preserva que no se engañe  
nadie con fraude y cautelas,  
ni que de mirar se extrañe  
las noturnas centinelas.  
                      Puede en las oscuras salas  
tender sin temor las alas  
el más flaco corazón,

*Bendí cel a*

llevando la bendición  
del gran Pedro de Urdemalas.

*[Vase] PEDRO*

VIUDA:               Comisario fidedino  
de las almas que en trabajo  
están penando continuo,  
pues dicen que es cuesta abajo  
del purgatorio el camino,  
                      échate a rodar, y llega  
ligero a la oscura vega

o valle de llanto amargo,  
y aplícalas al descargo  
que mi largueza te entrega.

En cada escudo que di  
llevas mi alma encerrada,  
y en cada maravedí,  
y como cosa encantada  
parece que quedo aquí.

Ya yo soy otra alma en pena,  
después que me veo ajena  
del talego que entregué;  
pero en hombros de mi fe  
saldré a la región serena.

[Vase]. *Sale la REINA, y trae en un pañi zuelo unas joyas,  
y sale con ella MARCELO, caballero anciano*

REINA: Marcelo, sin que os impida  
la guarda de algún secreto,  
porque no os pondrá en aprieto  
de perder fama ni vida,

os ruego me respondáis  
a ciertas preguntas luego.

MARCELO: Bien excusado es el ruego,  
señora, donde mandáis.

Preguntad a vuestro gusto,  
porque mi honra y mi vida  
está a vuestros pies rendida,  
y es de lo que yo más gusto.

REINA: Estas joyas de valor,  
¿cúyas son o cúyas fueron?

MARCELO: Un tiempo dueño tuvieron  
que siempre fue mi señor.

REINA: Pues, ¿cómo se enajenaron?  
Porque me importa saber  
cómo aquesto vino a ser:  
si se dieron, o se hurtaron.

MARCELO: Pues que ya la tierra cubre  
el delito y la deshonra,  
si es deshonra y si es delito  
el que amor honesto forja,  
quiero romper un silencio  
que no importa que le rompa  
ni a los muertos ni a los vivos;  
antes, a todos importa.

*La duquesa Félix Alba,  
que Dios acoja en su gloria,  
una noche, en luz escasa  
y en tinieblas abundosa,  
estando yo en el terrero,  
con esperanza dudosa  
de ver a la que me diste,  
gran señora, por esposa,  
con un turbado ceceo  
me llamó, y con voz ansiosa  
me dijo: "Así la ventura  
a tus deseos responda,  
señor, quienquiera que seas;  
que, en esta ocasión forzosa,  
mostrando pecho cristiano,  
a quien te llama socorras.  
Pon a recado esa prenda,  
más noble que venturosa;  
dale el agua del bautismo*

y el nombre que tú le escojas. "  
Y en esto ya descolgaba  
de unas trenzas, que de sogas  
sirvieron, una cestilla  
de blanca mimbre olorosa.  
No dijo más, y encerróse.  
Yo quedé en aquella hora  
cargado, suspenso y lleno  
de admiración y congoja,  
porque oí que una criatura  
dentro de la cesta llora,  
así cual recién nacida.  
¡Ved qué carga, y a qué hora!  
En fin, porque presto veas  
el de aquesta extraña historia,  
digo que al punto salí,  
con diligencia no poca,  
de la ciudad al aldea  
que está sobre aquella loma,  
por ser cerca. Pero el cielo,  
que infortunios acomoda,  
me deparó en el camino,  
al despuntar del aurora,  
un rancho de unos gitanos,  
de pocas y humildes chozas.  
Por dádivas y por ruegos,  
una gitana no moza  
me tomó la criatura  
y al punto desenvolvióla,  
y entre las fajas, envueltas  
en un lienzo, halló esas joyas,  
que yo conocí al momento,  
pues son de tu hermano todas.  
Déjelas con la niña,  
que era una niña hermosa  
la que en la cesta venía,  
nacida de pocas horas;  
encarguéle su crianza  
y el bautismo, y que, con ropas  
húildes, empero limpias,  
la criase. ¡Extraña cosa!  
que, cuando deste suceso  
mi lengua a tu hermano informa,  
dijo: "Marcelo, la niña  
es mía, como las joyas.  
La duquesa Félix Alba  
es su madre, y ella es sola  
el blanco de mis deseos  
y de mis penas la gloria.  
Inmaturo ha sido el parto,  
mal prevenida la toma;  
pero no hay falta que llegue  
de su ingenio a la gran sobra."  
Estando en estas razones,  
en son tristísimo doblan  
las campanas, sin que quede  
monesterio ni p[ar]roquia.  
El son general y triste  
daba indicios ser persona  
principal la que a la tierra  
el común tributo torna.  
Hizo mani fi esto el caso  
un paje que entró a deshora  
diciendo: "Muerta es, señor,  
Félix Alba, mi señora.

*De improviso murió anoche,  
y por ella, señor, forman  
este son tantas campanas,  
y tantas gentes que lloran. "*  
*Con estas nuevas tu hermano  
quedó con el alma absorta,  
sin movimiento los ojos,  
inmovible la persona.  
Volvió en sí desde allí a un rato,  
y, sin decirme otra cosa  
si no: "Haz criar la niña,  
y no le quites las joyas;  
como gitana se críe,  
sin hacerla sabidora,  
aunque crezca, de quién es,  
porque esto a mi gusto importa. "*  
*Dos horas tardó en partirse  
a las fronteras, do apoca  
con su lanza la morisma,  
sus gustos con sus memorias.  
Siempre me escribe que vea  
a Belica, que llámola  
así la gitana sabia  
que con mucho amor crióla.  
Yo no alcanzo su desinio,  
ni a qué aspira, ni en qué topa  
el no querer que se sepa  
tan rara y tan triste historia.  
Hanle dicho a la muchacha  
que un ladrón gitano hurtóla,  
y ella se imagina hija  
de alguna real persona.  
Yo la he visto muchas veces,  
y hacer y decir mil cosas,  
que parece que ya tiene  
en las sienes la corona.  
Murió la que la dio leche,  
y, con las joyas, dejóla  
en poder de otra su hija,  
si no tan bella, tan moza.  
Esta, que es la que tenía  
esas joyas, no otra cosa  
sabe más de lo que supo  
su madre, y el hecho ignora  
de los padres de Isabel,  
tu sobrina, la hermosa,  
la señora, la garri da,  
la discreta y la briosa.*

Respondo esto a la pregunta  
si se dieron esas joyas,  
o se hurtaron: que me admira  
verlas donde están agora.  
La mitad he yo sabido  
desta peregrina historia,  
y una y otra relación,  
sin que discrepen, conforman.  
Mas dime: ¿conocerías,  
si acaso vieses, la hermosa  
gitana que dices?

[REINA]:

MARCELO:

REINA:

Sí;  
como a mí mismo, señora.  
Pues espérate aquí un poco.

[Vase] la REINA

MARCELO:           ¿Quién trujo aquí aquestas joyas?  
                  ¿Cómo a los cielos y al tiempo  
                  por jamás se encubre cosa!  
                  ¿Si he hecho mal en descubrirme?  
                  Sí: que lengua presurosa  
                  no da lugar al discurso  
                  y más condena que abona.

*Vuel ven / a REINA, BELICA [e] INÉS*

REINA:               ¿Es aquél el que venía  
                  a ver a tu hermana?

INÉS:                 Sí;  
                  que con mi madre le vi  
                  comunicar más de un día.

REINA:               Con eso, y con el semblante,  
                  que al de mi hermano parece,  
                  ya veo que se me ofrece  
                  una sobrina delante.

MARCELO:           Así lo puedes creer:  
                  que ésa que traes de la mano  
                  es la prenda que tu hermano  
                  quiere y debe más querer.  
                  Si ilustre por el padre  
                  la ha hecho Dios en el suelo,  
                  no menos la hace el cielo  
                  extremada por la madre,  
                  y ella, por su hermosura,  
                  merece ser estimada.

*[Sal en] el REY y el CABALLERO*

REY:                 Ello es cosa averiguada  
                  que no hay celos sin locura.

REINA:               Y sin amor, señor mío,  
                  dijérades muy mejor.

REY:                 Celos son rabia, y amor  
                  siempre della está vacío;  
                  y de la causa que es buena  
                  mal efecto no procede.

REINA:               En mí al contrario sucede:  
                  siempre celos me dan pena,  
                  y siempre los ha engendrado  
                  el grande amor que yo os tengo.

REY:                 Si hay venganza, yo me vengo  
                  con que os hayáis engañado,  
                  pues no podrán redundar  
                  de vuestras preguntas hechas  
                  tan vehementes sospechas  
                  que me puedan condenar,  
                  ni yo, si miráis en ello,  
                  soy de sangre tan liviana  
                  que a tan humilde gitana  
                  incline el altivo cuello.

REINA:               Mirad, señor, que es hermosa,  
                  y que la rara belleza  
                  se lleva tras sí la alteza  
                  y fuerza más poderosa.

                  Por mis ojos, que lleguéis  
                  a mirar sus bellos ojos.

REY:                 Si gustáis de darme enojos,  
                  o es buen medio el que ponéis.

REINA:               ¿Cómo? ¿Y que así os amohína  
                  el mirar a una doncella  
                  que, después de ser tan bella,

aspira a ser mi sobrina?  
BELICA:                   ¿Qué ha de ser aquesto, Inés?  
                          Que me voy imaginando  
                          que se están de mí burlando.  
INÉS:                    Calla y sabráslo después.  
REINA:                   Miradla así, descuidado,  
                          y decidme a quién parece.  
REY:                     A los ojos se me ofrece  
                          de Rosamiro un traslado.  
REINA:                   No es mucho, porque es su hija  
                          y como a tal la estimad.  
CABALLERO:              ¿Burla vuestra majestad?  
REINA:                   No es bien que eso se colija  
                          de verdad tan manifiesta.  
REY:                     Si no burláis, es razón  
                          que me cause admiración  
                          tal novedad como es ésta.  
REINA:                   Llegad al rey, Isabel,  
                          y decid que os dé la mano  
                          como a hija de mi hermano.  
BELICA:                  Como sierva llevo a él.  
REY:                     Levantad, bella criatura,  
                          que de vuestro parecer  
                          muy bien se puede creer  
                          y esperar mayor ventura.  
                          Pero decidme, señora:  
                          ¿cómo sabéis esta historia?  
REINA:                   Aunque es breve y es notoria,  
                          no es para decilla agora.  
                          Vámonos a l[a] ciudad,  
                          que en el camino sabréis  
                          lo que luego creeréis  
                          como infalible verdad.  
REY:                     Vamos.  
MARCELO:                No hay dudar, señor,  
                          en historia que es tan clara,  
                          pues su rostro la declara,  
                          y yo, que soy el a[ultor].

*Vanse entrando todos, y a la postre quedan INÉS y  
BELICA*

INÉS:                    Belica, pues vas sobrina  
                          de la reina, por lo menos,  
                          esos tus ojos serenos  
                          a nuestra humildad inclina.  
                          Acuérdate de que hurtamos  
                          más de una vegada juntas,  
                          y que sin soberbia y puntas  
                          más de otras cinco bailamos;  
                          y que, aunque habemos andado  
                          muchas veces a las greñas,  
                          siempre en efeto y por señas  
                          te he temido y respetado.  
                          Haz algún bien, pues podrás,  
                          a nuestros gitanos pobres;  
                          así en venturosa sobres  
                          a cuantas lo fueron más.  
                          Responde a lo que se ve  
                          de tu ser tan principal.  
BELICA:                  Dame, Inés, un memorial,  
                          que yo le despacharé.

*[Vanse]. Sale PEDRO de Urdemalas, con manteo y bonete,  
como estudi ante*

PEDRO:                Dicen que la variación  
hace a la naturaleza  
colma de gusto y belleza,  
y está muy puesto en razón.  
                        Un manjar a la contina  
enfada, y un solo objeto  
a los ojos del discreto  
da disgusto y amohina.  
                        Un solo vestido cansa.  
En fin, con la variedad  
se muda la voluntad  
y el espíritu descansa.  
                        Bien logrado iré del mundo  
cuando Dios me lleve dél,  
pues podré decir que en él  
un Proteo fui segundo.  
                        ¡Válgame Dios, qué de trajes  
he mudado, y qué de oficios,  
qué de varios ejercicios,  
qué de exquisitos lenguajes!  
                        Y agora, como estudiante,  
de la reina voy huyendo,  
cien mil azares temiendo  
desta mi suerte inconstante.  
                        Pero yo, ¿por qué me cuento  
que llevo en mudable palma?  
Si ha de estar siempre nuestra alma  
en contino movimiento,  
                        Dios me arroje ya a las partes  
donde más fuere servido.

*[Sale] un LABRADOR con dos gallinas*

LABRADOR:            Pues yo no las he vendido;  
bien parece que es hoy martes.

PEDRO:                Mostrad, hermano; llegad,  
llegad, mostrad. ¿Qué os turbáis?  
Ellas son de calidad,  
que en cada una mostráis  
vuestra grande caridad.

                        Andad con Dios y dejaldas,  
y desde lejos miraldas,  
como a reliquias honraldas,  
para el culto dedica[l]das  
bucólico y adoraldas.

LABRADOR:            Como me las pague, haga  
altar o reliquias dellas,  
o lo que más satisfaga  
a su gusto.

PEDRO:                Sólo es dellas  
santa y justísima paga  
                        hacer dellas un empleo  
que satisfaga al deseo  
del más mirado cristiano.

LABRADOR:            Saldrá su disignio vano,  
señor zote, a lo que creo.

*[Salen] dos REPRESENTANTES, que se señalan con  
números 1 y 2*

PEDRO:                Sois hipócrita y malino,  
pues no tenéis miramiento  
que os habla un hombre cetrino,  
hombre que vale por ciento  
para hacer un desatino;



hombre que se determina,  
con una y otra gallina,  
sacar de Argel dos cautivos  
que están sanos y están vivos  
por la voluntad divina.

REPRESENTANTE 1: Este cuento es de primor,  
y el sacristán, o lo que es,  
juega de hermano mayor.

PEDRO: ¡Oh fuerzas del interés,  
llenas de envidia y rigor!  
¿Que es posible que te esquives,  
por tan pocos arrequives,  
de sacar sendos cristianos  
de mano de los tiranos?  
¡Cómante malos caribes!

LABRADOR: Diga, señor papasal:  
¿son, por ventura, mostrencas  
mis gallinas, ¡pesiatal!,  
para no hacerme de pencas  
de dar mi pobre caudal?  
Rescaten a esos cristianos  
los ricos, los cortesanos,  
los frailes, los limosneros:  
que yo no tengo dineros  
si no lo ganan mis manos.

REPRESENTANTE 1: (Esforcemos este embuste. [Aparte]  
Sois un hombre mal mirado,  
de mala yacija y fuste,  
hombre que es tan desalmado,  
que no hay cosa de que guste.)

PEDRO: La maldición de mi zorra,  
de mi bonete y mi gorra,  
caiga en ti y en tu ralea,  
y cautivo yo te vea  
en Fez en una mazmorra,  
para ver si te holgarás  
de que sea quien entonces,  
por dos gallinas no más...  
¡Oh corazones de bronces,  
archivos de Satanás!  
¡Oh miseria desta vida,  
a términos reducida,  
que vienen los cortesanos  
a rogar a los villanos,  
gente non santa y perdida!

LABRADOR: ¡Pesia a mí! Denme mis aves,  
que yo no estoy para dar  
limosna.

REPRESENTANTE 1: ¡Qué poco sabes  
de achaque de rescatar  
dos hombres gordos y graves!  
Yo los tengo señalados,  
corpulentos y barbados,  
de raro talle y presencia,  
que valen en mi conciencia  
más de trecientos ducados,  
y por estas dos gallinas,  
solamente, los rescato.  
¡Ved qué entrañas tan molestas  
tiene este pobre pazguato,  
criado entre las encinas!

LABRADOR: ¡Ya la ruindad y malicia,  
la miseria y la codicia  
reina sólo entre esta gente!  
Aun bien que hay aquí teniente,  
corregidor y justicia.

[Vase]

PEDRO: Y yo tengo lengua y pies.  
Esperen, y lo verán.

REPRESENTANTE 1: Sois un traidor magancés,  
hombre de aquellos que dan  
mohatras de tres en tres.

REPRESENTANTE 2: Déjele vuesa merced,  
que, pues ya dejó en la red  
las cobas, vaya en buen hora.

REPRESENTANTE 1: Pues bien: ¿qué haremos agora?  
[PEDRO]: Lo que es vuestro gusto haced.  
Despójese de su pluma  
el rescate, y véase luego,  
en resolución y en suma,  
si hay algún rancho o bodega  
donde todo se consuma:  
que yo, a fe de compañero,  
desde agora me prefiero  
a dar todo el adherente.

REPRESENTANTE 2: Hay un grande inconveniente:  
que hemos de ensayar primero.

PEDRO: Pues díganme: ¿son farsantes?

REPRESENTANTE 1: Por nuestros pecados, sí.

PEDRO: Haz de mis dichas Adlantes,  
cerros de mi Potosí,  
de mi pequeñez gigantes;  
en vosotros se me ofrece  
todo aquello que apetece  
mi deseo en sumo grado.

REPRESENTANTE 2: ¿Qué vendaval os ha dado,  
que así el seso os desvanece?

PEDRO: Sin duda, he de ser farsante,  
y haré que estupendamente  
la fama mis hechos cante,  
y que los lleve y los cuente  
en Poniente y en Levante.  
Volarán los hechos míos  
hasta los reinos vacíos  
de Policea, y aún más,  
en nombre de Nicolás,  
y el sobrenombre de Ríos:  
que éste fue el nombre de aquel  
mago que a entender me dio  
quién era el mundo crüel,  
ciego que sin vista vio  
cuantos fraudes hay en él.  
En las chozas y en las salas,  
entre las jergas y galas  
será mi nombre estendido,  
aunque se ponga en olvido  
el de Pedro de Urdemalas.

REPRESENTANTE 2: Enigma y algarabía  
es cuanto habláis, señor,  
para nosotros.

PEDRO: Sería  
falta de ingenio y valor  
contaros la historia mía,  
a lo menos por agora.  
Vamos: que, si se mejora  
mi suerte con ser farsista,  
seréis testigos de vista  
del ingenio que en mí mora,  
principalmente en jugar  
las tretas de un entremés  
hasta do pueden llegar.

[Sale] otro farsante

REPRESENTANTE 3: ¿No advertirán que ya es  
hora y tiempo de ensayar?  
Porque pide el rey comedia,  
y el autor ha ya hora y media  
que espera. ¡Grande descuido!

REPRESENTANTE 1: Pues con ir presto, yo cuido  
que ese daño se remedia.  
Venga, galán, que yo haré  
que hoy quede por recitante.

PEDRO: Si lo quedo, mostraré  
que soy para autor bastante  
con lo menos que yo sé.  
Llegado ha ya la ocasión  
donde la adivinación  
que un hablante Malgesí  
echó un tiempo sobre mí,  
.....[-ón].  
Ya podré ser patriarca,  
pontífice y estudiante,  
emperador y monarca:  
que el oficio de farsante  
todos estados abarca;  
y, aunque es vida trabajosa,  
es, en efecto, curiosa,  
pues cosas curiosas trata,  
y nunca quien la maltrata  
le dará nombre de ociosa.

[Vanse] todos. Sale un AUTOR con unos papel es como comedi a,  
y dos FARSANTES, que todos se señalan por número

AUTOR: Son muy anchos de conciencia  
vuelas mercedes, y creo,  
por las señales que veo,  
que me ha de faltar paciencia.  
¡Cuerpo de mí! ¿En veinte días  
no se pudiera haber puesto  
esta comedia? ¿Qué es esto?  
Ellas son venturas mías.  
Póneme esto en confusión,  
y en un rancor importuno,  
que nunca falte ninguno  
al pedir de la ración,  
y al ensayo es menester  
que con perros y hurones  
los busquen, y aun a pregones,  
y no querrán parecer.

PEDRO: ¿Quién un agudo embustero,  
ni un agudo hablador,  
sabrás hacerle mejor  
que yo, si es que hacerle quiero?

AUTOR: Si no pica de arrogante  
el dómine, mucho sabe.

PEDRO: Sé todo aquello que cabe  
en un general farsante;  
sé todos los requisitos  
que un farsante ha de tener  
para serlo, que han de ser  
tan raros como infinitos.  
De gran memoria, primero;  
segundo, de suelta lengua;  
y que no padezca mengua  
de galas es lo tercero.  
Buen talle no le perdono,

si es que ha de hacer los galanes;  
no afectado en ademanes,  
ni ha de recitar con tono.

Con descuido cuidadoso,  
grave anciano, joven presto,  
enamorado compuesto,  
con rabia si está celoso.

Ha de recitar de modo,  
con tanta industria y cordura,  
que se vuelva en la figura  
que hace de todo en todo.

A los versos ha de dar  
valor con su lengua experta,  
y a la fábula que es muerta  
ha de hacer resucitar.

Ha de sacar con espanto  
las lágrimas de la risa,  
y hacer que vuelvan con [p]risa  
otra vez al triste llanto.

Ha de hacer que aquel semblante  
que él mostrare, todo oyente  
le muestre, y será excelente  
si hace aquesto el recitante.

*Entra el ALGUACIL de las comedias*

ALGUACIL:                   ¿Ahora están tan despacio?  
Esperarles he a que acaben.  
Bien parece que no saben  
las nuevas que hay en palacio.  
                                Vengan, que ya me amohína  
la posma que en ellos reina,  
aguardando el rey o reina  
y la nueva su sobrina.

AUTOR:                       ¿Qué sobrina?

ALGUACIL:                   Una gitana,  
dicen, que es bella en extremo.

PEDRO:                      Que sea Belica temo.  
¿Y eso es verdad?

ALGUACIL:                   Y tan llana,  
que yo no sé cuál se sea  
mayor verdad por agora.  
Y la reina, mi señora,  
hacerle fiestas desea.

                                Venid, que allá lo sabréis  
todo como pasa al punto.

PEDRO:                      Mucho bien me vendrá junto  
si por vuestro me queréis.

AUTOR:                      Admitido estáis ya al gremio  
de nuestro alegre ejercicio,  
pues vuestro raro juicio,  
mayor lauro pide en premio.

                                Largo hablaremos después.  
Vamos, y haremos la prueba  
de vuestra gracia tan nueva,  
ensayando un entremés.

PEDRO:                      No me hará ventaja alguno  
en eso, cual se verá.

ALGUACIL:                   Señores, que es tarde ya.

AUTOR:                      ¿Falta aquí alguno?

REPRESENTANTE:            Ninguno.

*Vanse todos. Salen el REY y SILERIO*

REY:                         En cualquier traje se muestra  
su belleza al descubierto:

gitana, me tuvo muerto;  
dama, a matarme se adiestra.

El parentesco no afloja  
mi deseo; antes, por él  
con ahínco más crüel  
toda el alma se congoja.

*Suenan gui tarras*

SILERIO: Pero, ¿qué música es ésta?  
Los comediantes serán,  
que adonde se visten van.

REY: Ya me entristece la fiesta;  
ya sólo con mi deseo  
quisiera avenirme a solas,  
y dar costado a las olas  
del mar de amor do me veo.

Pero escucha, que mi historia  
parece que oigo cantar,  
y es señal que ha de durar  
luengos siglos su memoria.

*[Salen] Los MÚSICOS cantando este romance*

MÚSICOS: *Bailan las gitanas;  
míralas el rey;  
la reina, con celos,  
mándalas prender.  
Por Pascua de Reyes  
hicieron al rey  
un baile gitano  
Belica e Inés;  
turbada Belica,  
cayó junto al rey,  
y el rey la levanta  
de puro cortés;  
mas como es Belilla  
de tan linda tez,  
la reina, celosa,  
mándalas prender.*

SILERIO: Vienen tan embebecidos,  
que no nos echan de ver.

REY: Cantan lo que debe ser  
suspensión de los sentidos.

MÚSICO 1: El rey está aquí. ¡Chitón!  
Quizá no le agradará  
nuestra canción.

MÚSICO 2: Sí hará,  
por ser nueva la canción,  
y no contiene otra cosa,  
fuera de que es dulce y grave,  
que decir lo que se sabe:  
que es la reina recelosa,  
y hechura de la mujer  
tener celos del marido.

REY: ¡Qué bien que lo has entendido!  
Dételo el diablo a entender.

SILERIO: Silerio, mi muerte y vida  
vienen juntas. ¿Qué haré?  
Mostrar a un tiempo la fe,  
aquí cierta, allí fingida.

*[Salen] la REINA y BELICA, ya vestida de dama; INÉS, de gitana;  
MALDONADO, el AUTOR, Martín CRESPO, el alcalde, y PEDRO de*

*Urdemal as*

PEDRO:

Famosa Isabel, que ya  
fuieste Belica primero;  
Pedro, el famoso embustero,  
postrado a tus pies está,  
tan hecho a hacer desvaríos,  
que, para cobrar renombre,  
el Pedro de Urde, su nombre,  
ya es Nicolás de los Ríos.  
Digo que tienes delante  
a tu Pedro conocido,  
de gitano convertido  
en un famoso farsante,  
para servirte en más obras  
que puedes imaginar,  
si no le quieres faltar  
con lo mucho en que a otros sobras.

Tu presunción y la mía  
han llegado a conclusión:  
la mía sólo en ficción;  
la tuya, como debía.  
Hay suertes de mil maneras,  
que, entre donaires y burlas,  
hacen señores de burlas,  
como señores de veras.

Yo, farsante, seré rey  
cuando le haya en la comedia,  
y tú, oyente, ya eres media  
reina por valor y ley.

En burlas podré servirte,  
tú hacerme merced de veras,  
si tras las mañas ligeras  
del vulgo no quieres irte;  
en el cual, si alguno hubo  
o hay humilde en rica alteza,  
siempre queda la bajeza  
de aquel principio que tuvo.

Pero tu ser y virtud  
me tienen bien satisfecho,  
que no llegará a tu pecho  
la sombra de ingratitud.

Por aquesta buena fe,  
de la reina, ¡oh gran sobrina!,  
y por ver que a ti se inclina  
quien gitano por ti fue,  
que al rey pidas te suplico,  
andando el tiempo, una cosa  
más buena que provechosa,  
porque a mi gusto la aplico.

REY:

Desde luego la concedo;  
pide lo que es de tu gusto.

PEDRO:

Por ser lo que quiero justo,  
lo declararé sin miedo.

Y es que, pues claro se entiende  
que el recitar es oficio  
que a enseñar, en su ejercicio,  
y a deleitar sólo atiende,  
y para esto es menester  
grandísima habilidad,  
trabajo y curiosidad,  
saber gastar y tener,  
que ninguno no le haga  
que las partes no tuviere  
que este ejercicio requiere,  
con que enseñe y satisfaga.  
Preceda examen primero,

o muestra de compañía,  
y no por su fantasía  
se haga autor un pandero.

Con esto pondrán la mira  
a esmerarse en su ejercicio:  
que tanto es bueno el oficio,  
cuanto es el fin a que aspira.

BELICA: Yo haré que el rey, mi señor,  
vuestra petición conceda.

REY: Y aun otras, si hay en qué pueda  
valerle vuestro favor.

REINA: Con mejores ojos miro  
ahora que la miréis;  
y en cuanto por ella hacéis,  
más me alegro que me admiro.  
Ya mi voluntad se inclina  
a acreditar a los dos;  
que entre mis celos y vos  
se ha puesto el ser mi sobrina.

Vamos a oír la comedia  
con gusto, pues que los cielos  
no ordenaron que mis celos  
la volviesen en tragedia.

Y avisaráse a mi hermano  
luego deste hallazgo bueno.

[Vase]

REY: Ya yo le tengo en el seno  
y le toco con la mano.  
¡Oh imaginación, que alcanzas  
las cosas menos posibles,  
si alcanzan las imposibles  
de reyes las esperanzas!

[SILERIO]: No te aflijas, que no es tanto  
el parentesco que impida  
hallar a tu mal salida.

REY: Sí; mas moriré entretanto.

[Vanse] el REY y SILERIO

MALDONADO: Señora Belica, espere;  
mire que soy Maldonado,  
su conde.

BELICA: Tengo otro estado  
que estar aquí no requiere.  
Maldonado, perdonadme,  
que yo os hablaré otro día.

INÉS: ¡Hermana Belica mía!

BELICA: La reina espera; dejadme.

[Vase] BELICA

INÉS: ¡Entróse! ¡Quién me dijera  
aquesto casi antiyer!  
No lo pudiera creer,  
si con los ojos lo viera.

¡Válame Dios, y qué ingrata  
mochacha, y qué sacudida!

PEDRO: La mudanza de la vida  
mil firmezas desbarata,  
mil agravios comprehende,  
mil vivezas atesora,  
y olvida sólo en un hora  
lo que en mil siglos aprende.

[CRESPO]: Pedro, ¿cómo estás aquí  
tan galán? ¿Qué te has hecho?  
PEDRO: Pudiérame haber deshecho,  
si no mirara por mí.  
Mudado he de oficio y nombre,  
y no es así comoquiera:  
hecho estoy una quimera.

[CRESPO]: Siempre tú fuiste gran hombre.  
Yo por el premio venía  
de la danza que enseñaste,  
que en ella claro mostraste  
tu ingenio y tu bizarría;  
y si en el mundo no hubiera  
pajes, yo sé que durara  
su fama hasta que llegara  
la edad que ha de ser postrera.  
Clemente y Clemencia están  
muy buenos, sin ningún mal,  
y Benita con Pascual  
garrida vida se dan.

*[Sale] UNO*

UNO: Sus majestades aguardan;  
bien pueden ya comenzar.  
PEDRO: Después podremos hablar.  
UNO: Miren que dicen que tardan.

PEDRO: Ya ven vuestras mercedes que los reyes  
aguardan allá dentro, y no es posible  
entrar todos a ver la gran comedia  
que mi autor representa, que alabardas  
y lancineques y frinfrón impiden  
la entrada a toda gente mosquetera.  
Mañana, en el teatro, se hará una,  
donde por poco precio verán todos  
desde principio al fin toda la traza,  
y verán que no acaba en casamiento,  
cosa común y vista cien mil veces,  
ni que parió la dama esta jornada,  
y en otra tiene el niño ya sus barbas,  
y es valiente y feroz, y mata y hiende,  
y venga de sus padres cierta injuria,  
y al fin viene a ser rey de un cierto reino  
que no hay cosmografía que le muestre.  
Destas impertinencias y otras tales  
ofreció la comedia libre y suelta,  
pues llena de artificio, industria y galas,  
se cela del gran Pedro de Urdemalas.

FIN DE LA COMEDIA

---